



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— Sois muy bueno, amigo Keraban.

— Vesmos, Van Mitten, dejad ese aire tan cómico. Figúense que hoy es carnaval, y que no es más que un disfraz para un matrimonio imaginario.

— No es el disfraz el que más me inquieta — respondió Van Mitten.

— ¿Qué es, pues?

— ¡El matrimonio!

— ¡Bah! matrimonio provisional, amigo Van Mitten — respondió Keraban — ¡y la señora Saraboul pagará caro sus fantasías de viuda poco consolable! Si, cuando le entereis que esos esposales no os obligan ó nada, puesto que ya estais casado en Rotterdam, cuando la despidais en buenas formas, quiero estar allí, Van Mitten. ¡Verdaderamente, no debe estar permitido se casen á disgusto! ¡Gracias que sea permitido cuando consenten!

Con todas estas razones, el digno holandés acabó

por aceptar la situación. Lo mejor, finalmente, era tomarlo por su lado risible, puesto que se prestaba á reír, y resignarse, puesto que salvaba los intereses de todos.

Por otra parte, aquel día Van Mitten hubiera tenido apenas tiempo para reconocerse. El señor Yanar y su hermana no gustaban decididamente de dejar alargar las cosas. Aquí te pilló ó aquí te cojo; ella siempre estaba dispuesta, aquella potencia del matrimonio, á la que pretendían unir con el flemático hijo de Holanda.

No debe creerse por esto que las formalidades acostumbradas en el Kurdistan hubiesen sido, cualquiera que fuesen, omitidas ó solamente descuidadas. ¡No! El cuñado velaba á todo con un cuidado particular, y, en aquella gran ciudad, los elementos que debían dar á aquel casamiento toda la solemnidad posible, no faltaban.

En efecto, entre la población de Trebisonda se cuenta cierto número de kurdos. Entre ellos, la pareja Yanar y Saraboul encontró conocimientos y amigos de Mossous. Aquellas gentes se hicieron el deber de ayudar á su noble compatriota en aquella ocasión que se la presentaba, por cuarta vez, de consagrarse á la felicidad de un esposo. Hubo, por lo tanto, de la parte de la novia un gran número de invitadas á la ceremonia, mientras Keraban, Ahmet y sus compañeros se apresuraban á figurar en el lado del novio. También es necesario comprender que Van Mitten, severamente vigilado, no se encontró jamás solo con sus amigos después de aquellas últimas palabras cambiadas en el momento en el que acababa de vestirse con el traje tradicional de los señores de Mossous y de Chevrezoús. En instante solamente Bruno pudo deslizarse hasta repetirle con una voz siniestra: — ¡Tened cuidado, señor, tened cuidado! ¡Peligrais mucho en todo esto!

— ¡Eh! ¿Puedo hacer otra cosa, Bruno? — respondió Van Mitten con un tono resignado. — En todo caso, si esto es una estupidez, suena á mis amigos de un apuro y los resultados no serán graves.

— ¡Hum! — dijo Bruno moviendo la cabeza — casarse, señor, es casarse, y....

Y como á aquella palabra llamaron al holandés, nadie sabrá jamás de qué manera el fiel servidor hubiera acalado aquella frase verdaderamente cominatoria.

Era mediodía, en el momento en que el señor Yanar y otros kurdos de gran aspecto vinieron á buscar al futuro, al que no debían abandonar hasta el final de la ceremonia.

Y entonces, el nudo de los esposales fué efectuado con gran pompa. Durante aquella operación no hubo que criticar la permanencia de los dos consortes. Van Mitten no dejaba vislumbrar cierta inquietud que le dominaba, y la noble Saraboul, contenta de encadenar á un hombre del Norte de Europa con una mujer del Norte de Asia. ¡Qué gloria el haber aliado á la Holanda con Kurdistan!

La novia estaba soberbia con su traje de matrimonio (su traje que evidentemente llevaba en el viaje por casualidad); se convendrá que aquella vez fué buena preñacion. Nada tan espléndido como su *mitan* de paño de oro, cuyas mangas y talle desaparecían entre bordados y pasamanerías de filigrana. ¡Nada tan rico que aquel chal que la rodeaba la cintura, aquel *cutari* á rayas alternadas de líneas de florecitas y recubierto de mil pliegues de esas muselinas de Brouns designadas bajo el nombre de *tehombers*. Nada más majestuoso que aquel *chalwar* de gasa de Selonique, en donde las piernas se ocultaban bajo el cuero de finas botas de marroquí, bordadas de perlas. ¡Y aquel fex, rodeado de *geminas* de vistosas flores, en donde se destacaba hasta medio cuerpo un largo *pastral* adornado de blondas! ¡Y las alhajas, los colgantes de piezas de oro, y aquellos pendientes formados de pequeños rosetones, en los que resplandecían cadenas soportando una pequeña media luna de oro, y los bróches de plata sobredorada de la cintura, y los alfileres de filigrana azulada, figurando

una palma indiana, y aquellos radiantes collares de dobles hileras, aquellos *guardanllas* compuestos de una fila de ágatas engastadas en oro, grabadas cada una con el nombre de un iman! No; jamás más bella novia habíase visto andar por las calles de Trebisonda, y en aquella circunstancia debieran haber sido cubiertas de una alfombra de púrpura, como ántes lo fueron, en el nacimiento de Constantino Porphyrogenete.

Pero si la noble Saraboul estaba soberbia, el señor Van Mitten estaba magnífico, y su amigo Keraban no le recusó cumplimientos, que no podían ser irónicos por parte de un viejo creyente, siempre fiel al traje oriental. Es necesario convenir que aquel traje daba á Van Mitten un aire marcial, altanero, una fisonomía aventajada, algo de feroz, en fin, poco propio á su temperamento de negociante de Rotterdam. ¿Y de qué otra manera hubiese estado con aquel ligero manto de muselina cargado de tela de algodón, aquel ancho pantalón de satén rojo que se perdía entre las botas de cuero, salpicadas y ahumadas de oro bajo los mil pliegues de su caña; y aquel traje abierto cuyas mangas se desenvolvían hasta el suelo, y aquel fex de *gemina* y aquel *pastral*, cuyo grupo invariable indicaba el rango que iba bien pronto á ocupar en el Kurdistan el esposo de la noble Saraboul?

El gran hazar de Trebisonda había surtido todo aquello, que, hecho con medida no le hubieran podido estar tan elegante á Van Mitten. Habíase procurado así aquellas armas maravillosas, de las que el novio llevaba todo un arsenal en el chal bordado, y de pasamanería, que le ceñía la cintura; pañales damasquinos, con mango verde y hojas adamascadas de doble filo, pistolas de culata de plata grabadas como un collar de un ídolo, sable de hoja muy corta, con el filo con dientes como de sierra, con puño negro adornado de una cuadrilla de plata y el pomo en redondo, y en fin, un arma de acero con relieves en planos desiguales y dorados, y acabando en hoja ondulada como el hierro de los antiguos fajardos.

¡Ah! ¡el Kurdistan puede sin temor declarar la guerra á Turquía! ¡No son semejantes guerreros los que los ejércitos del Padischals podrán vencer! ¡Pobre Van Mitten! ¿quién te hubiese dicho que un día te vieses de esta manera? Felizmente, como repetía el señor Keraban, y después de él, su sobrino Ahmet, y después de Ahmet, Anusia y Nedjeb, y después, todos, excepto Bruno:

— ¡Bah!, es por divertirse!

Durante la ceremonia de los esposales, las cosas se pasaron lo más convenientemente del mundo. Á no ser porque el novio fué encontrado bastante frío por su terrible cuidado y por su no ménos terrible hermana, todo marchó bien.

En Trebisonda no faltaban jueces, haciendo funciones de oficiales ministeriales, que hubiesen reclamado el honor de registrar semejante contrato (tanto más, cuanto que eso no iba sin algún provecho); pero el mismo magistrado, cuya sagacidad hemos podido apreciar en el asunto del paradero de Rissar, fué el encargado de aquella honrosa tarea, y de cumplimentar, en buenos términos, á los futuros esposos.

Después de anotado el contrato, los dos novios y sus compañeros, en medio de un inmenso concurso popular, se trasportaron á la ciudad vecina, á una mezquita que fué una iglesia bizantina, y cuyas murallas se hallan decoradas de curiosos mosaicos. Allí oyeron ciertos cantos kurdos, que son más expresivos,

más melódicos, más artísticos, finalmente, por su colorido y su ritmo, que los cantos turcos ó armenios. Algunos instrumentos, cuya sonoridad provenia de un sencillo choque metálico que domina la aguda nota de dos ó tres pequeñas flautas, unieron sus bizarros acordes al concierto de voces suficientemente



El iman pronunció una sencilla plegaria.

refrescadas por aquella circunstancia. Después, el iman pronunció una sencilla plegaria, y Van Mitten fué unido, bien unido, como lo repitió el señor Keraban, á la noble Saraboul (no sin cierto pensamiento contrario), cuando la dirigió sus mejores cumplimientos.

Más tarde, el matrimonio debía terminarse en el Kurdistan, en donde nuevas fiestas debían durar por espacio de muchas semanas. Allí, Van Mitten tendría que conformarse con las costumbres kurdas, ó por lo ménos, debería parecer que se conformaba. En efecto, cuando la esposa llega ante la casa conyugal, el esposo se presenta inopinadamente ante ella, la rodea con sus brazos, y tomándola á sus espaldas, la conduce así hasta la habitación que debe ocupar. Se

pretende con eso evitar del pudor de la desposada, pues no sería lógico que demostrara entera á gusto en una vivienda extraña. Cuando estuviere en este momento feliz, Van Mitten vería la manera de no hacer nada que pudiese herir las costumbres del país. Pero felizmente las fiestas de los esponsales fueron naturalmente completas con las que se daban, muy á propósito, para celebrar la noche de la ascension del Profeta, este *cilet-ul-my' rãdy*, que tiene lugar ordinariamente el 29 del mes de Kedjel. Aquella vez, por continuidad de circunstancias particulares, debidas á una concurrencia politico-religiosa, un ordenanza del jefe de los imanes del pachalik la habia fijado en esta época.

La noche misma, en el más vasto palacio de la

ciudad, magníficamente dispuesto al efecto, miles y miles de fieles se apresuraban á una ceremonia, la cual los habia atraído á Trebisonda de todos los puntos del Asia musulmana.

La noble Saraboul no podía perder aquella ocasión de exhibir á su novio en público. En cuanto al señor Keraban, á su sobrino, á las dos jóvenes y á los dos criados, ¿qué podían hacer mejor, para pasar las horas de la noche, que asistir con gran apuro á aquel maravilloso espectáculo?

Maravilloso, en efecto, y como no lo hubiese podido ser en aquel país de Oriente, en el que todos los sueños de este mundo se transforman en realidades en el otro. Lo que iba á ser aquella fiesta (dada en honor del Profeta, sería más fácil al pincel representarla, empleando todos los tonos de la paleta, que á la pluma describirla, aun simulando las cadencias, las imágenes, los perfijos de los más grandes poetas del mundo!

« ¡La riqueza está en las hebreas, dice un proverbio turco; el espíritu, en Europa; la pompa, en los otomanos! »

Y realmente con una pompa incomparable se desarrollaron las peripecias de una poética moralidad, á la que las más graciosas hijas del Asia Menor presentaron el encanto de sus danzas y el encanto de su belleza. Estaba basada en una leyenda, imitada de la cristiana, que hasta su muerte, en el año diez y seis de la Hégira (seiscientos treinta y dos años después de la nueva era), á aquel paraíso estaba cerrado á todos los fieles, adormecidos en el vacío de los espacios, aguardando la llegada del Profeta. Aquel día apareció á caballo sobre *el borak*, el hipógrifo que le aguardaba á la puerta del templo de Jerusalen: después de su milagrosa caída, dejando la tierra, subía á través de los cielos y se quedaba suspendido entre el zénit y el nadir, en medio de los esplendores del paraíso de l'islam. Todos se volvían á despertar entonces para prestar homenaje al Profeta: el período de la eterna felicidad prometida á los creyentes comenzaba al fin, y Mahoma se elevaba en una apoteosis deslumbrante, durante la cual los astros del cielo árabe, bajo la forma de huries innumerales, gravitaban al rededor de la frente deslumbradora de Alláh.

En una palabra, aquella fiesta fué como una realización de aquel sueño de uno de los poetas que mejor ha sentido la poesía de los países orientales, cuando dijo, á propósito de aquellas fisonomías extáticas de los dervis, copiada de sus canciones tan extrañamente rimadas:

« ¿Qué veían en aquellas visiones que les deslumbraban? ¿Los bosques de esmeraldas con frutos de rubíes, las montañas de ámbur y mirra, los kioscos de diamantes y las tiendas de perlas del paraíso de Mahoma! »

X.

DURANTE EL CUAL LOS HÉROES DE ESTA HISTORIA NO PIERDEN NI UN DIA NI UNA HORA.

Á la mañana siguiente, 18 de Setiembre, en el momento en que el sol comenzaba á iluminar con sus

primeros rayos los más altos minaretes de la ciudad, una pequeña caravana salía por una de las puertas de la muralla fortificada y arrojaba un último adios á la poética Trebisonda.

Aquella caravana, en camino para las orillas del Bósforo, seguía los caminos del litoral bajo la dirección de un guía, del que el señor Keraban habia voluntariamente aceptado los servicios.

Este guía, en efecto, debía conocer perfectamente aquella porción septentrional de la Anatolia; era uno de ésos nómadas conocidos en el país con el nombre de *holgazanes*.

Se ha designado con este nombre cierta especialidad de leñadores, haciendo el oficio de recorrer los bosques de aquella parte de la Anatolia y del Asia Menor, en donde crece vulgarmente el nogal vulgar. En aquellos árboles se desarrollan nudos ó excrecencias naturales, de una notoria dureza, cuya madera, por ser la que mejor se presta á todas las exigencias delabanista, se busca mucho.

Aquel holgazán, habiendo sabido que los extranjeros iban á abandonar á Trebisonda para Scutari, habia venido la víspera á ofrecerles sus servicios. Parecía inteligente, muy práctico por aquellos caminos, en los que conocía todos sus múltiples enredos. Así es que, después de respuestas muy netas á las cuestiones hechas por el señor Keraban, el holgazán habia sido admitido á buen precio, que debía doblarse si la caravana ganaba las orillas del Bósforo antes de doce días, último plazo fijado para la celebración del matrimonio de Amasia y Ahmet.

Alunet, después de haber interrogado al guía, y aun cuando en su figura fria, en su actitud reservada, habia un no sé qué que no prevenia nada en favor de las gentes, no juzgó necesario no otorgarle su confianza.

Nada más útil, por otra parte, que un hombre conocedor de esas regiones por haberlas recorrido toda su vida, nada más conveniente bajo el punto de vista de un viaje que debia ejecutarse en las mejores condiciones de celeridad.

Por lo tanto, el holgazán era, pues, el guía del señor Keraban y sus compañeros. Dirigiria la marcha de la pequeña caravana. Escogeria los lugares de alto, organizaria los campamentos, velaria por la seguridad de todos, y cuando se le prometió aumentar su salario bajo condicion de llegar á Scutari en el plazo fijado:

— El señor Keraban puede estar seguro de mí celo — respondió — y puesto que me propono doble precio para pagar mis servicios, yo me comprometo á no reclamárselo, si antes de doce días no estáis de vuelta á Scutari.

— ¡Por Mahoma! hé aquí un hombre que me agrada — dijo Keraban, cuando dijo este propósito á su sobrino.

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

En cuanto á las plantaciones, el piel-roja muy experto en agricultura ecuatorial, pasaba sin transición del asombro al estupor. En efecto, sus congéneres, perezosos en extremo, no trabajaban, ya lo hemos dicho, más que agujoneados por el hambre. Se pasan lo mejor del tiempo en la hamaca, ya sea esperando á que sus mujeres preparen la comida, ya haciendo la digestión de los manjares en cuya confección no les permite su holgazanería tomar parte. La labor de la tierra y la siembra se limitan á muy poco. Después de derribar los árboles, cortando sus troncos á la altura de un metro; después de quemar las ramas y de confiar á la tierra los granos y las raíces ya no pueden ni quieren trabajar.

Llega la recolección que más parece una carrera de caballos ó una invasión de monos. Todos los productos, llenos de arena, desgajados, cortados de cualquier modo, se almacenan, ó mejor dicho, se amontonan confusamente en las trojes, y nadie se vuelve á acordar de ellos hasta el momento del consumo. Los campos ofrecen el aspecto de la más completa ruina y las chozas indican la ausencia absoluta de orden y de arreglo.

El cercado, ó más bien los cercados de sus libertadores, presentaban á la vista de Santiago un aspecto encantador del que jamás tuvo remota idea. La casa y sus diversas dependencias se hallaban en un terreno enteramente despejado, del cual habían sido arrancadas todas las hierbas. Ni una araña, ni un escorpión hubieran encontrado guarida en aquella superficie tan lisa como un paseo de jardín. Primera é inapreciable ventaja, cuyas consecuencias comprendió al instante. Luego, á través de dilatadas plantaciones y de árboles magníficos agobiados por el peso de los frutos, se extendían espaciosas calles bien cuidadas que conducían á los más apartados sitios de aquellos espléndidos verjeles. Los troncos y los tocones habían sido presa del fuego, auxiliar poderoso del labrador.

— ¡Oh! ¡Estos blancos!..... — repetía sin cesar evocando con el pensamiento el aspecto de las rancherías indias.

Recordaba el pobre jóven que la conquista de una piña de bananos ó de una carga de patatas se verifica con peligro de romperse la cabeza ó deshaciéndose

los brazos á fuerza de machetear las plantas parásitas que ocultan á las que sirven para la alimentación. Aquí, en cambio, el aire y la luz circulan á torrentes; los árboles, prudentemente separados, habían adquirido enorme desarrollo. No era necesario más que alargar el brazo para coger aquellos hermosos frutos tan agradables á la vista y tan sabrosos al paladar.

Los Robinsones de la Guayana, familiarizados con las maravillas de su Eden, gozaban al ver la sorpresa de su nuevo amigo, y aquella inocente alegría se completaba con la legítima satisfacción del amor propio de autor. Pero como la admiración no impedía á la Naturaleza reclamar sus derechos, y como hacía mucho tiempo que se había digerido el último alimento, aseguró Nicolás que «hacía» mucha hambre, y su declaración no levantó la más leve sombra de réplica. La pequeña tropa se internó debajo de un espacioso emparrado que se extendía delante de la fachada Norte de la choza, y el Piel-Roja, que iba de éxtasis en éxtasis, entró, siendo presentado por Enrique, su libertador.

Al mismo tiempo aparecía una mujer por la abertura principal, sonriendo á todos, llena de alegría, con los brazos abiertos y confundiendo á todos en una mirada de infinita ternura.

— Madre — dijo el jóven — te traigo un nuevo Robinson.

— Bien venido sea — repuso dirigiéndose con singular amabilidad al indio que, turbado y lleno de vergüenza al verse medio desnudo, bajó los ojos y trató de huir.

— Vamos, amigo Santiago — dijo Eugenio — no seas niño. Ven conmigo, te daré un traje mío que te sentará como un guante. No sabrás lo que es un guante; es natural, yo casi lo he olvidado. Hace diez años que no veo ninguno. No importa. Estarás perfectamente. Enrique quería vestirte, pero ya comprendes, dicho sea sin ofensa para tí, que hacen falta dos como tú para llenar su traje. Mi señor hermano es un real mozo, y yo soy un muñeco.

Eugenio se calumniaba; era imposible soñar un cuerpo de adolescente más admirable. Nunca se habían unido tan íntimamente la gracia con la fuerza. Desapareció por un momento acompañado de Santia-

go, mientras Edmundo refería á la señora Robin la expedición del día con todos sus detalles.

Edmundo estaba en sus glorias. Tenía que hablar de Enrique, á quien adoraba, sin desdén por eso á los otros hermanos, y lo hacía con toda su alma. La feliz madre escuchaba con asombro aquel relato de aventuras casi increíbles, expuestas con una sencillez, una precisión y una elegancia que las hacían creer en interés.

Al poco rato apareció Santiago en traje de Robinson, y por cierto que tenía muy buen aspecto con aquellos atavíos. Pusiéronse todos á la mesa. Los comensales tomaron una comida abundante serrida en una vasta sala abierta en dos de sus costados y refrescada por una ligera brisa que llegaba del valle próximo. El indio no salía de su asombro. Todo le admiraba en aquella extraña mansión, no tan sólo sus huéspedes, sino el mueblaje, el servicio, la cocina... Y aquel jaguar que jugaba familiarmente con sus amos, buscando un hueso y tritándolo con la discreta sensualidad y las monadas de un gato, recogiendo una caricia ó un ligero pellizco; aquellos monos de rostro desvergonzado, cuyas patitas negras y ágiles llegaban hasta el centro de la mesa para arrebatar con la destreza de un prestidigitador un fruto ó una bayá; aquellos patiras, de pelo áspero, enmarañado, cuyo redondo hocico se alargaba y se contraía esperando la consabida provisión; aquellas legiones de agamis, aquellas bandas de hoccos, aquellas manadas de narayes, aquellas nubes de perdices, papagayos, aras....

Volátiles y cuadrúpedos vivían en perfecta inteligencia. Era digno de ver al hormiguero, al buen Michaud, haciendo esfuerzos inauditos para pasear su lengua redonda y contractil por el fondo de un plato en el que tropezaba siempre con la gata de un patira que lamía en un instante las solas de los amos. Los audaces agamis alargaban su prolongado pico á través de aquella confusión de patas y de hoccos ávidos y se llevaban el trozo robado á sus amigos los hoccos detenidos á algunos pasos por un exceso de timidez.

Aunque muchas veces también viven los indios familiarmente con los animales del bosque, logrando domesticarlos con su paciencia inalterable, Santiago estaba admirado al contemplar aquel curioso cuadro.

En cuanto á los manjares no manifestaba asombro, pues le eran muy conocidos; pero no sucedía lo mismo con el condimento y con la manera de presentarlos, pues se servían á la europea, en platos y fuentes de forma elegante, aunque de gruesa arcilla. También había tenedores, cucharas y cuchillos; no ignoraba el uso de aquellos instrumentos y saboreaba con el mejor apetito los productos más superiores de la cocina civilizada.

Sin embargo, no dejaba de preocuparle un trozo de carne asada en parrillas, tierna, fresca y sabrosa. Aquella carne era exquisita, pero tenía para él un gusto desconocido.

Nicolás, su compañero de mesa, se encargó de sacarle del apuro. El parisiense, refractario al estudio de las lenguas, había llegado a fuerza de paciencia, y gracias á su amistad con Casimiro, á hablar fácilmente el criollo. Pero en vez de expresar su pensa-

miento y construir sus frases como todos los que emplean aquel idioma, mezclaba vocablos indígenas, oraciones y giros extraños oriundos del barrio. Aquella adaptación de los modismos parisienses al lenguaje cenatorial, ofrecía, sin embargo, un carácter cómico indescriptible.

— Sí, comprendo que esto os asombre. La carne tiene un picaro gusto, pero es *beefsteck*.

— No — respondió sencillamente Nicolás — está en hocco.

— En efecto, ambos tenemos razón. Está *os beefsteck* de hocco con manteca y pimienta. Vosotros los indios tenéis pimienta, pero no hacéis uso más que del pimentón.

— Nosotros los Robinsones recogemos pimienta, la molemos en un almirez, espolvoreamos con ella nuestras carnes asadas, y entonces ellas buenas, buenas.

— También tenemos sal....

— ¡Oh! sal; — interrumpió Santiago con los ojos ardientes por la codicia.

— No tiene nada de particular nuestra sal. La sacamos de las cenizas de una palmera, el *paripa*.... Se quema, se lavan las cenizas, se evapora el agua y se tiene una sal alcalina. Edmundo, que es muy fuerte en química, os explicará el procedimiento. Todo lo que yo puedo decir es que nos contentamos con ella á falta de otra mejor.

— Os decía que el *beefsteck*, una vez usado, se sirve con un buen trozo de manteca fresca....

— ¿Cómo? ¿Manteca? ..

— Una variedad de manteca fresca que crece aquí en los árboles.

— No conozco eso. La manteca viene en cajas de hojalata.

— Parece mentira, señores indios — repuso el parisiense con cierto tono de suficiencia — que ignoréis los recursos de vuestro país.

— Nicolás — dijo Enrique — sé un poco tolerante. Te complaces en aturdir á nuestro huésped y tú te verías muy apurado para decirle el nombre y la familia de ese árbol de manteca que conoce lo mismo que tú, pero bajo otro nombre.

— Estás equivocado, querido Enrique, muy equivocado — dijo con aire de triunfo. — Conozco eso y otras muchas cosas.

— La manteca vegetal es un producto del *hambú*, del *cacao*, del *coco* y de otro árbol llamado *basia*....

— ¡Imposible! — exclamaron á una voz todos los Robinsones sorprendidos y encantados.

— Sí. *Basia-Bu*.... *ty*.... *va*.... *coa*. ¡Dios mío que trabajo cuesta pronunciar esos nombres. También se llama *manteca de Galam*. Es un vegetal oriundo de la India, importado aquí desde hace mucho tiempo.

— Ya sabéis, como yo, que se recogen semillas frescas. Bueno, muy bueno en *beefsteck* hocco — añadió con malicia.

— ¡Bravo! ¡bravo! — exclamaron los cuatro hermanos y su padre. ¿Dónde has aprendido todo eso? ¿Cuándo?

— ¡En los libros, amigos míos! ¿Me preguntáis que cuando? Un poco todos los días, ó por mejor decir,

todas las noches. He estudiado en la gran enciclopedia que habeis hecho en colaboración dirigidos por el profesor más sabio, por vuestro padre.

— ¡Que queréis! Me causaba pesadumbre y aun vergüenza mi ignorancia. En París hubiera podido seguir los cursos para adultos y aprovechar algunas horas por la noche. Aquí tenemos mucha que hacer en los primeros tiempos. Eráis muy pequeños. Yo no podía seguir el curso de vuestras lecciones y me dormía abrumado por el trabajo.

— Pero después he hecho lo imposible para recuperar el tiempo perdido. No os he dicho nada y he registrado los manuscritos en hojas de Mahot..... ¡Habeis sido mi escuela nocturna!.....

Robin estaba conmovido y sentía que sus ojos se llenaban de lágrimas de ternura. Su robusta naturaleza, saturada por el sufrimiento, tenía una sensibilidad exquisita. Además, como hombre formado, comprendía mejor que los niños cuán enérgicos debían haber sido los esfuerzos de aquel estudiante de treinta años, sin instrucción primaria, para llegar á asimilarse silenciosamente y á hurtadillas los principios de una ciencia árdua cuya clave no había podido darle ningún otro estudio preparatorio.

El parisiense pertenecía á aquella pléyade de artesanos ávidos de saber, los cuales después de las horas dedicadas al trabajo abrumador que suministra el pan, todavía encuentran tiempo y fuerza para arrancar sus secretos al estudio y se convierten en obreros sublimes de la inteligencia. El proscripto respetaba á los trabajadores. Como todos los hombres de corazón les profesaba cariño; sabía admirar y apreciar los heroicos esfuerzos de los que, por su indomable voluntad, logran conquistar aquel tesoro negado á su infancia.

Por esto se levantó con cierta solemnidad mezclada á una deferencia afectuosa, acercándose á Nicolas, estrechándole la mano y diciéndole:

— Me felicito de ser tu profesor sin saberlo, y felicito á los trabajadores cuya noble abnegación representa dignamente.

El pobre mozo balbuceó algunas palabras avergonzado al oír aquel elogio cuyo valor podía apreciar procediendo de tal boca. Los jóvenes, orgullosos de su amigo, sacarecieron los cumplimientos del padre. Aquel momento de dulce alegría recompensó ampliamente al parisiense sus vigilias y su trabajo.

— Pero veamos — repuso Enrique; has dicho que hojeabas por la noche nuestros manuscritos de Mahot, lo cual quiere decir que te privabas del sueño.

— No mucho. Durante el día he dormido siesta; además las noches son muy largas, y he hecho un gran consumo de bujías.

Verdad es que tenía el recurso de despojar ese vegetal que antes llamaba yo *árbol de las velas*. No os podéis imaginar la alegría que experimenté cuando supe el verdadero nombre de ese árbol cuyas gruesas bayas hemos derretido tantas veces y que nos daban una quinta parte de su peso de excelente cera amarilla. Pues bien, se llama el *cerero ocuba*. Parece que estoy viendo el nombre escrito por Eugenio. Está en la parte superior de la página con una tachadura.

— ¿Y esa idea te asaltó de repente?

— ¡Oh! La acariciaba desde hace mucho tiempo. Comprendía mi ignorancia al creer encontrar aquí todas las cosas en los árboles sin saber que en su mayor parte eran importadas.

Además, os había oído decir, hará un año durante la última estación de las lluvias, que hasta hoy no creía existiera un tratado de Botánica que encerrase esta importante división. Estos árboles indígenas y los otros importados me han hecho abrir el ojo como vulgarmente se dice, y viendo que habeis comenzado con los niños ese trabajo, me he fijado con más ahínco en lo que habeis escrito.

— Perfectamente, mi querido Nicolas. ¿Te acuerdas de esos extraños nombres?

— Como del *Padre nuestro*.

Viéndose los Robinsones en su terreno favorito rompieron un verdadero fuego de preguntas y respuestas cuya autenticidad comparaba el ingeniero como supremo árbitro.

— El manguero — exclamó Carlos. A gran señor gran honor.

— *Mangifera indica*, es decir, que procede de la india — interrumpió Eugenio. El mango es muy agradable al paladar cuando se está acostumbrado á su sabor de trementina.

— Y el clavo, cuyo cultivo hizo en otro tiempo tan próspera á la Guayana.

— *Carisphillus aromaticus*, traído de las Molucas en 1870 por M. Poivre, gobernador de la isla de Francia.

— ¿Te acuerdas, Nicolas, del asombro que te produjo al oír hablar por vez primera del jabonero?.....

— *Sapindus saponaria* — contestó el parisiense sin desconcertarse. Es la madera de Panamá; las cortezas hacen espuma como el jabón y tienen sus mismas propiedades, así como las bayas cuyos huesos sirven para hacer collares.

— No debemos olvidar el árbol de la nuez moscada, originario de las Molucas.

— Hé ahí un nuevo motivo de asombro. Hubiera pasado junto á ese hermoso árbol sin sospechar su nombre. En efecto, es imposible suponer que aquella nuececilla oscura que se ve en Francia metida en botes de vidrio, esté encerrada en una corteza seca, sobre la cual serpentean pequeñas venas rojas contenido todo en el interior de una especie de albaricque grande.

Iba á cometer, amigos míos, un olvido imperdonable; ¡ los árboles del pan! ¿ Os acordáis de mi despecho de Robinson recién establecido, cuando conocí el árbol del pan? Después he sabido que se llama *artocarpus incisa* y es originario de la Océania, así como su hermano el *artocarpus seminifer*. ¡ El estudio es una cosa hermosa!

En cuanto al *bananero*, lo mismo me da que sea oriundo de la India ó que no lo sea. Es un árbol muy lindo, no lo discute, pero no puede sufrir el banano. Ahora me acuerdo de una historia muy curiosa. He leído que las criollas se balanceaban indolentemente en sus hamacas colgadas de las ramas de un bananero.

— Es imposible. Te chanceas.

—No es cierto. Lo he leído en cierta obra de M. de Chateaubriand. Desde entonces me pregunto dónde habrá visto bananeros con ramas.

La disertación continuó por largo tiempo y la comida terminó antes de que acabase. El indio, que había sido la causa ocasional de aquel curso de botánica cenatorial, escuchaba sin decir una palabra, mas sin entender lo que decían, pero con paciencia inalterable. Casimiro se reía á más no poder viendo la felicidad de los que llamaba hijos suyos. Estaban con las manos en la masa y no se detuvieron hasta que se agotó la nomenclatura después de recurrir en varias ocasiones á la competencia del padre.

Si la tierra equiboccial con su fertilidad prodigiosa es un verdadero invernáculo de todos los vegetales de las zonas templadas, en cambio sólo un número muy corto de árboles con frutos alimenticios es originario de su suelo. No solamente los frutos, sino también las legumbres, coles, zanahorias, nabos, melones, patatas, etc., han debido ser introducidos, así como el maíz, el uñío, sin olvidar la incomparable caña de azúcar.

Pronto se verá que los Robinsones habían conseguido preparar excelente chocolate. Para lograrlo no tuvieron que hacer más sino aclarar la plantación del árbol de cacao que encontraron en su espléndido vergel, y la cual, abandonada á sí mismo por mucho tiempo, había tomado la apariencia de un bosque virgen. El consumo del chocolate no perjudicaba en nada al del café. El café de la Buena-Madre era exquisito, y podía rivalizar con el de la *Montaña de Plata*, fruto de la Guayana, que en nada cede al Moka y al Río Nuñez auténticos.

Terminada la comida, Nicolas ofreció amistosamente un cigarrillo á Santiago, y encendió su pape-lillo de mahoi.

—¿Que es eso? ¿qué te sucede? —dijo con sorpresa al ver al indio dar un salto y luego levantarse bruscamente en el momento de entrar la señora Robin.

—¡Oh! —dijo con acento extraviado señalando con una mano trémula la cafetera que llevaba la esposa del proscrito. ¡Es oro!

—Sin duda, es oro, oro macizo, oro de ley; no tiene liga de ninguna clase. No está contrastada, y sin embargo vale el kilo tres mil francos lo mismo que un centimo.

—El café sabe mucho mejor cuando está en cafetera de oro.

Santiago parecía presa de una emoción indescriptible. Sus dientes rechinaban, brotaba el sudor de su frente y su pecho respiraba con dificultad.

—¿Conoceis el secreto del oro? —articuló pesosamente.

—Verdadero secreto de polichinela. Algunos buenos trozos de cuarzo, que hemos encontrado cuando poseabamos. Hemos trabajado esto con el martillo y luego lo hemos puesto á fundir en el horno. Yo hice un molde, y el patron aderezó la cafetera que la señora Robin ha tenido la bondad de aceptar.

—Tenemos otros utensilios tambien de oro y fabricados por el mismo procedimiento. El oro no es precisamente lo que aqui falta, y desde luego te ase-

guo que es lo que menos nos preocupa. ¡Ah! si fuese hierro ó acero....

—Mira, amigo mío, vien gramos de acero nos ha dado más que hacer para trabajarlos, que extraer muchos kilos de oro.

—¡Oh, amigos míos, mis bienhechores! El secreto del oro es mortal—exclamó el indio con voz alargada.

CAPÍTULO IV.

El odio de un banido.—Las montañas del oro.—Lo que es una *plaga*.—Médico, sumo sacerdote y mago.—Singulares efectos de la introduccion de un mosquito en las vias respiratorias de un piel-roja.—Á mago, mago y medio.—Funerales de los indios.—De cómo se hace uno sádico en el Ecuador.—Influencia del jugo del tabaco en los estudios médicos.—Preparación para el doctorado.—El *Cochiti*, el *Pica* y el *Vagaro*.—La plaga de la embriaguez.—El veneno de los indios.—Rasas que desaparecen.—El cuerpo de un amigo no huele bien.—Combate entre un baa y un *moipari*.—El collar misterioso.—Los últimos Arancichans.—La tala de oro.

—Yo conozco esa cabeza—murmuró Benedicto cuidadosamente oculto en medió de la sala, en el mismo lugar donde creyó encontrar el El-Dorado apetecido.

Al punto reconoció á Robín, y sus odios mal dormidos se despertaron en el acto. Cuando vió al proscrito visitar su campo como un propietario que recorre sus sembrados, no tuvo límites la ira del antiguo vigilante. Su rencorosa tirría y su insaciable codicia experimentaban una doble decepcion. De largo tiempo se complacía en representarse á su víctima enterrada viva en los pantanos de las sabanas, ó roído por las hormigas despues de una lúgubre agonía de fiebre ó de hambre. El golpe era tanto más rudo, quanto veía que Robín apenas había envejecido, presentando un aspecto sano, vigoroso y feliz, en medio de aquellos opímos plantíos. Para colmo de desesperacion, parecia que era, sin duda alguna, el propietario de aquel terreno en que el aventurero esperaba descubrir una mina cuya riqueza daría envidia á los placeres de Australia ó de California.

¡Qué desilusion! ¡Sofrar con campos de oro y encontrar hierbas alimenticias! ¡Buscar pepitas y hallar patatas! ¡Recrearse durante diez años con la idea de que el hombre aborrecido no existía sino en estado de esqueleto y verle aparecer de repente como soberano de aquel risueño Eden!

¡Seria Benedicto victima de alguna pesadilla! No. Robín era, en efecto, el fugado del presidio, uno de esos *politicos*, cuya orgullosa actitud desafiaba siempre las malas pasadas de los agentes subalternos de la autoridad, uno de esos forzados mártires que sobrellevaban con altiva frente el peso de su condena y que imponían respeto á los criminales habitantes de la colonia.

¡Oh rabia!... ¡No representar ya la ley por errónea que fuera su aplicación! ¡No ser instrumento de la fuerza sino del derecho!... ¡No poder pronunciar como antes aquella formula tan extrañamente falsada: «¡En nombre de la ley os prendo!...»

Acaso por vez primera lamentó Benedicto su indigna condicion actual. Echó de ménos su blusa azul, sus galones de plata y las prerogativas que le con-

cedían. Casi olvidó la conquista que perseguía, y su sueño fué interrumpido un momento por un vivo deseo de venganza, sintiendo invadido su cerebro por una oleada de malos pensamientos.

Ya no cabía la duda. Era el deportado cuya evasión milagrosa le había comprometido de tal modo á los

ojos de la administración superior. Era siempre aquella mirada profunda que jamás se había bajado, aquellas líneas severas que ningún insulto pudo contraer, cuya incomparable serenidad no alteró sufrimiento alguno. Por último, y no era para desdeñar aquella circunstancia, conservaba aquel brazo atlético que de



La subida fué muy penosa.

un solo golpe segó la cabeza de un tigre furioso.

Benedicto rechinó los dientes como en los buenos tiempos del palo y del grillete. La antigua violencia se despertó en el cómplice de los forzados.

Bien mirado, estaba en pleno bosque virgen, solo, con armas, en presencia de su enemigo—se atrevía á llamarle así—que no llevaba ni un machete. Tanto mejor. La ocasión hace al ladrón. La venganza que se le ofrecía era demasiado sabrosa para desperdiciarla. Una bala á través de las «costillas» como él decía, y todo estaba concluido.

—Voy á matarte, canalla—gruñó sordamente.—
¿Qué haces aquí?... ¿Por ventura te he buscado yo?....

Y el miserable, sin retroceder ante la idea de un asesinato, apuntó al indefenso proscrito que avanzaba muy ajeno de pensar en el peligro que corría. Bajó lentamente el arma dirigiendo la puntería al vértice del triángulo invertido formado sobre la oscura piel por el cuello entreabierto de la camisa.

Ya iba su dedo á apretar el fiador, cuando un ligero ruido impidió la contracción de que pendía la

vida del ingeniero. Éste no se hallaba solo. Un joven de elevada estatura, armado con un arco indio y un manajo de flechas, avanzaba en aquella actitud inclinada familiar á los habitantes de los bosques; marcha pesada al parecer, pero cuya celeridad es asombrosa.

— Buena la iba á hacer — se dijo el aventurero. — Suponiendo que hubiera echado á tierra al presidiario, el otro me hubiera atravesado ántes de disparar el segundo tiro. No me conviene eso.

— Ea, Benedicto, tujío mio, en retirada. Por hoy ha sido bueno el reconocimiento. Basta. No debes comprometer tu pellejo ni tu venganza.

— ¿Quién será ese picaro que Robin ha reclutado? — dijo retrocediendo con la silenciosa agilidad de un reptil. — Es preciso averiguar esto, reconocer la plaza, contar los defensores y evaluar las fuerzas; luego veremos.

Aunque el aventurero estaba muy habituado á las correrías en los bosques, no siguió completamente la dirección que le había conducido á la ranchería de los Robinsones. Á los pocos minutos se extravió, y no pudo darse cuenta de su error sino cuando tropezó con una roca escarpada que se levantaba en medio de estéril descampado.

— ¡Hola! — exclamó sorprendido — las rocas de este tamaño son raras en la zona que recorremos. Por lo ménos la forma de ésta es muy extraña. Voy a trepar a lo alto de ella. ¿Quién sabe el horizonte que desde allí descubriré!

— ¡Ea, arriba!

La subida fue muy penosa, pero Benedicto no era hombre que retrocedía ante la fatiga. Á pesar del calor que abrasaba su rostro haciendo despedir humo á su piel, y no obstante las asperezas que ensangrentaban sus manos, llegó á la cima al cabo de media hora de esfuerzos sobrehumanos.

Detúrose congestionado, cubierto de sudor, anhelante, y se dejó caer sobre el ardiente cuarzo. Sus ojos se dirigieron con rapidez al vasto boquete que se abría delante de él, y experimentó como un desvanecimiento dando un enorme salto.

— ¿Es posible? — exclamó. — No, no me engaño. Una..... dos..... tres..... cuatro..... cinco..... seis..... ¿Dónde está la séptima? Oculta detrás de las otras. Es verdad. El indio decía al doctor y al comandante: «En seguida hay siete montañas..... Son las montañas del oro.»

— ¡Por el patron de todos los pícaros de la tierra! veo esas montañas, allá, á ménos de dos leguas, recortarse sobre el cielo gris. Dos leguas, ocho endiablados kilómetros de marcha por el bosque es cuestion de un día. Doce horas de hacerse pedazos entre los bejucos y después..... la fortuna.

El antiguo vigilante palideció por la viva emoción que experimentaba, pero se repuso al notar que iba faltándole la sangre fría.

— Calma y vamos á orientarnos. Mi brújula..... bueno. Dirección: ; Oeste, 22° Noroeste! Ya está.....

¡Caramba! No puedo más. Necesito cantar, gritar!..... No me falta más que verter lágrimas. ¡Lléveme el diablo, estoy contento! ; Todo el oro que hay

allí..... será mío!..... ¡Soy rico, tengo el secreto del oro!.....

Ea, basta. Soy un toño en dar alaridos como un mono encarnado que aulla al ver la luna. Es preciso bajar, buscar á los otros, llevarlos allá y repartir con ellos. Lo siento, pero habrá para todos.

La casualidad dispone muy bien las cosas, si no hubiera visto á ese tuante, no hubiese trepado á la roca ni conocería el nido de las popitas. Después de todo Robin me debía eso. Vamos á escape. Ya pensaré en pagarle de un golpe mis dos deudas.

El aventurero dirigió la última mirada de ardiente codicia á aquel horizonte sobre el cual se perfilaban las colinas y luego bajó muy despacio y como á regañadientes.

— Aquí todo suda oro — murmuraba examinando con gran atención algunos trozos de cuarzo blanco surcado de venas azules. — ¿Qué lástima no haber traído un martillo!

Con el canto de la hoja de su machete golpeó una punta consiguiendo separarla. Numerosas partículas perceptibles á la simple vista, y que atestiguan la riqueza del mineral brillaron al sol.

— No hay duda. El piel-roja no nos ha engañado, ni hemos perdido el tiempo. Comprendió el afán de los habitantes de este país para impedir la entrada en su territorio. Ya no me extraña que usen flechas con punta de oro. Este metal precioso es aquí más abundante que el hierro.

— Será preciso pelear, pero yo saldré victorioso con mi pequeño ejército de pieles-rojas, bien alimbado mediante algunas botellas de ron.

Benedicto escudriñó el bosque á derecha é izquierda, describió varios círculos, volvió á encontrar su primitiva pista, acabando por reunirse á sus cómplices inquietos por una ausencia que había durado más de cuatro horas.

— ¿Qué hay de nuevo? — exclamaron todos á una voz.

— ¡Victoria, hijos míos, victoria! Ya os contaré todo con detalles. Basteos saber que he descubierto las siete montañas descritas por el indio y que dentro de unas quince horas habremos llegado á ellas.

— ¡Es imposible!..... Tú te engañas.

— No seáis imbéciles. ¿Conocéis esto? — dijo enseñándoles el trozo de cuarzo que traía de su expedición.

— ¡Oro! — rugieron los cuatro bandidos — ¡oro!.....

Á este grito de alegría respondió un aullido feroz.

— ¿Qué significa eso? — preguntó el jefe, manifestando inquietud.

— ¡Ah! no me hables — dijo Bonnet. — Los pieles-rojas están furiosos.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Sali, despues de dar las gracias; pero antes de ir al pasaje de Austerlitz, quise tener noticias de Garofoli para comunicárselas a Mattia.

Precisamente me encontraba muy cerca de la calle de Lourcine y no tuve más que andar algunos pasos para llegar á la casa donde fui con Vitalis. Todo estaba en ella lo mismo que el primer día que la vi; un viejo, el mismo viejo que colgaba trapos en la verdosa pared del patio, y al parecer no había hecho otra cosa desde entónces.

— ¿Ha vuelto M. Garofoli? — pregunté.

El viejo me miró con atencion y se puso á toser sin responderme; creí conveniente dejarle comprender que sabía dónde estaba Garofoli, único medio de que me dijese algo.

— ¿Sigue allí todavía? — dije con tono pícaro; — debe estar fastidiado.

— Es posible; pero el tiempo pasa allí como en todas partes.

— Quizás no pase para él tan deprisa como para nosotros.

El trapero se echó á reír por aquella broma con tal figura, que se vió acometido por un violento golpe de tos.

— ¿Sabéis cuándo volverá? — le dije cuando se calmó.

— Dentro de tres meses.

Faltándole todavía á Garofoli tres meses para cumplir su condena, podía estar tranquilo Mattia, pues antes de tres meses encontrarían mis padres el medio de colocar al temible *amo* en la imposibilidad de intentar algo contra su sobrino.

La cruel emoción que experimenté en casa de Chopinet se amortiguó con la esperanza que abrigaba de encontrar á Barberin en la fonda del Cantal.

Sin más dilación me encaminé al pasaje de Austerlitz, lleno de esperanza y de alegría y dispuesto por estos sentimientos á perdonar á Barberin.

Despues de todo, no era tan perverso como parecía; á no ser por él, quizás hubiera yo muerto de hambre y de frío en la alameda de Breteuil; es verdad que me arrebató del lado de la tía Barberin para venderme á Vitalis, pero no me conocía, y desde luego era imposible que sintiese cariño hácia un niño á quien no vió en mucho tiempo, y además le impulsó la miseria, que muchas veces es mala consejera. Á la sazón me buscaba, se ocupaba de mí, y si encontraba á mis padres á él se lo debería; esta felicidad me-

recia algo más que la repulsion que alimentaba contra él desde el día en que sali de Chavanon cogido de la mano por Vitalis. Tenía que estarle agradecido, si no por el afecto y la ternura que sentía hácia mi nodriza, al ménos por un deber de conciencia.

Cruzando por el *Jardin des Plantes*, se acorta la distancia que hay entre la calle de Lourcine y el pasaje de Austerlitz; no tardé en llegar delante de la fonda del Cantal, que no tenía de fonda más que el nombre, siendo en realidad una miserable posada. Á su frente estaba una mujer vieja, temblorosa y sorda.

Cuando la dirigí mi habitual pregunta se puso la mano en forma de pabellon detras de la oreja y me dijo que repitiese lo que quería.

— Estoy un poco sorda — dijo en voz baja.

— Quisiera ver á Barberin, á Barberin; uno de Chavanon. ¿Vive en vuestra casa?

No me respondió, pero levantó los brazos hácia el cielo, con un movimiento tan brusco, que un gato dormido encima de ella saltó al suelo espantado.

— ¡Ay, ay! — exclamó la vieja.

Luégo me miró temblando como una azogada.

— ¿Seréis vos el chico? — preguntó.

— ¿Cuál chico?

— El que buscaba.

¡El que buscaba! Al oírlo hablar en pretérito me palpité con violencia el corazon.

— ¡Barberin! — exclamé.

— El difunto Barberin, debéis decir.

Me apoyé en el arpa á fin de no caerme.

— ¿Ha muerto? — pregunté bastante alto para que me oyese; pero con una voz enroquecida por la emoción:

— Hace ocho días, en el hospital de San Antonio.

Estaba anonadado; si Barberin había muerto ¿cómo podría encontrar á mi familia? ¿Dónde la buscaria?

— ¿Sois el chico? — prosiguió la vieja — ¿el que buscaba para devolvérsele á su familia?

Recobré la esperanza y me erguí al oír aquellas palabras.

— ¿Sabéis....? — dije.

— No sé más sino lo que contaba el pobre hombre; que había encontrado y criado á un niño, y que su familia le buscaba con ansiedad, para lo cual había venido á Paris.

— Pero ¿y la familia? — preguntó con voz anhelosa — ¿y mi familia?

— ¿Conque sois el chico? ¡Ah!; Sois vos, sois vos! Y empezó á mover la cabeza mirándome sin pestañear.

Pero yo la saqué del exámen.

— ¡Os ruego, por Dios, que me comunicéis lo que sepáis!

— No sé más que lo que acabo de deciros, hijo mío, es decir, mi señorito.

— Decidme lo que Barberin os haya contado respecto de mi familia. Ya veis mi emoción, señora, mi angustia y mi tristeza.

Volví á levantar los brazos sin decirme una palabra.

— ¡Esto es una historia!

En aquel momento entró en la habitación donde estábamos una mujer que tenía todo el aspecto de una criada; la dueña de la fonda del Cantal se separó de mí, dirigiéndose hacia aquella mujer:

— ¡Esto es una historia! Este muchacho, este señorito que ves aquí, es el niño de quien Barberin hablaba; acaba de llegar, y Barberin ha muerto; ¡esto es una historia!

— ¿Pero nunca os habló Barberin de mi familia? — dije.

— Más de veinte veces, más de ciento; es una familia muy rica.

— ¿Dónde vive esa familia? ¿Cómo se llama?

— ¡Ah! Barberin jamás me habló de eso. Ya comprendéis, era su secreto; quería que la recompensa fuese para él solo, como es justo, y además era un pícaro.

¡Ay! Si, comprendía lo que acababa de decir la vieja: Barberin se había llevado á la tumba el secreto de mi nacimiento.

¡Llegué tan cerca del fin para no alcanzarle! ¡Ah! ¡Mis hermosos sueños, mis esperanzas, todo perdido en un instante!

— ¿Conoceis alguna persona á quien Barberin haya contado más que á vos? — preguntó á la vieja.

— Barberin no era tan tonto que se confiase á nadie.

— ¿Y vos no habeis visto si algun individuo de mi familia ha venido á buscarlo?

— Nunca.

— ¿Ni algun amigo suyo con quien hablase de mi familia?

— No tenía amigos.

Me cogí la cabeza con las manos; por más que buscaba, no pude encontrar un indicio que me sirviera de guía; además era tal mi turbación que no podía seguir el curso de mis ideas.

— En una ocasión recibí una carta — dijo la vieja despues de reflexionar por largo tiempo — una carta certificada.

— ¿De dónde venía?

— Lo ignoro; el cartero se la entregó á él mismo y no pude ver el sello.

— ¿No se podría encontrar esa carta?

— Cuando murió registramos todo lo que aquí tenía, no creáis que por curiosidad, sino tan sólo para

avisar á su mujer; no encontramos nada de particular, y en el hospital tampoco, y si no hubiera dicho que era de Chavanon no se hubiese podido avisar á su mujer.

— ¿Han dado noticia de la muerte á la tia Barberin?

— ¡No faltaba más!

Estuve un rato sin saber qué decir. Aquellas gentes me habían comunicado lo que sabían, y evidentemente hicieron todo lo posible por averiguar lo que Barberin quería tener oculto.

Me despedí de la buena mujer, y cuando iba á abrir la puerta me preguntó:

— ¿Adonde vais tan decidido?

— A reunirme con mi amigo.

— ¡Ah! ¿Teneis un amigo?

— Sí.

— ¿Vive en París?

— No, hermanos llegado juntos está mañana.

— Pues ya sabéis, si no teneis fonda puedo alojarme en la mía; estaréis muy bien, porque mi casa es muy decente, puedo vanagloriarme de ello. Eñjaos en que si vuestra familia os busca, impaciente por no recibir noticias de Barberin, se dirigirá á mi casa y no á otra alguna; en ese caso aquí estaréis para recibir á vuestros parientes; es una gran ventaja. ¿Dónde podían encontraros si no estais aquí? Os digo esto solamente por vuestro interés. ¿Qué edad tiene vuestro amigo?

— Es un poco más jóven que yo.

— ¡Pensadlo bien!; Dos jóvenes solos, en las calles de París!; Podéis hacer malos conocimientos! Hay fondas en las que se albergan personas de mal vivir. En la mía no pasa eso, los huéspedes son muy tranquilos como corresponde al barrio.

Yo no estaba bien convencido de que el barrio fuese favorable á la tranquilidad; la fonda de Cantal era una de las más pobres y miserables que existían y de cuantas había visto en mis largos viajes; pero la proposición de la vieja merecía ser pensada. Por otra parte, no era aquella la ocasion de ser exigente, ni tenía aun familia para vivir con ella en los magníficos palacios del *boulevard*. En la fonda del Cantal no seria caro el hospedaje y teníamos que calcular los gastos de una manera económica. ¡Ah!; ¡Cuánta prudencia me aconsejó Mattia al decirme que debíamos pensar en el día de mañana, cuando quiso que trabajásemos en el camino de Drenzy á París! ¿Qué hubiéramos hecho si no hubiésemos tenido ahorrados diez y siete francos?

— ¿En cuanto nos alquilaríais un aposento á mi amigo y á mí?

— En diez sueldos diarios; ¿es muy caro?

— No, esta noche vendrémos.

— Retiraos temprano, París es muy peligroso durante la noche.

Antes de volver era preciso que me reuniera con Mattia y aun faltaban muchas horas hasta la de nuestra cita. No sabiendo qué hacer me fui tristemente al Jardin des Plantes y me senté en un banco escondido entre el ramaje. Tenía las piernas quebradas y el espíritu extraviado.

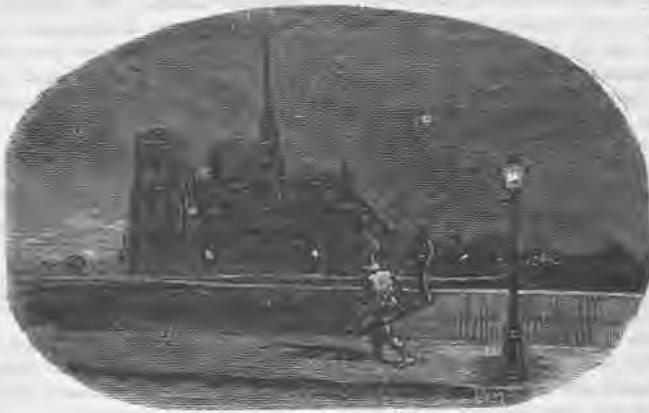
— Era tan brusca mi caída, tan rápida, tan inaudita! Estaba destinado á experimentar todas las desgracias, unas despues de otras, y cada vez que alargase la mano para colocarme sólidamente en una posición estable, la rama á que esperaba asirme se rompería dejándome caer; ¡y siempre así! ¿No era una fatalidad que Barberin hubiese muerto cuando yo le necesitaba y que por su sordida avaricia hubiesen ocultado á todo el mundo el nombre y la dirección de la persona, mi padre, sin duda, que le encargó fuese pesquisas para buscarme?

Mientras que estaba reflexionando tan tristemente, con los ojos preñados de lágrimas, en aquel rincón, á la sombra de un frondoso árbol, vi que un señor y

una señora, seguidos por un niño que tiraba de un carrito, se sentaron en un banco frente al mío.

Entónces llamaron al niño, el cual, dejando su juguete, corrió hácia ellos con los brazos abiertos; recibióle el padre en los suyos, y dándole muchos y sonoros besos se le pasó á la madre, que le abrazó á su vez de igual manera, en tanto que el niño reía á carcajadas abofeteando cariñosamente, con sus rollizas y frescas manecitas, el rostro de sus padres.

Al ver la felicidad de éstos y la alegría de la criatura, no pude contener el llanto. Nunca me habian abrazado de aquel modo, y ya perdía la esperanza de experimentar tan gran placer. Me asaltó una idea y la puse en práctica; cogí el arpa y me puse á tocar



Me dirigí hácia la iglesia de Nôtre-Dame.

muy despacio un vals para el niño, que empezó á llevar el compás con sus diminutos piés. El caballero se acercó á mí y me dió una monéda de plata, pero yo me negué á aceptarla con la mayor cortesia.

— No, caballero, permitidme que tenga la satisfacción de causar alegría á vuestro hijo, que es muy lido.

Entónces me miró con verdadero asombro, pero en aquel momento apareció un agente de policía que, á pesar de las protestas del caballero, me obligó á marcharme si no quería ir á la cárcel por haber tocado en el Jardín.

Pasé la correa del arpa por el hombro y me fui, volviendo á menudo la cabeza para mirar al señor y á la señora, que fijaban en mí sus enternecidos ojos. Aun no era la hora de acudir á la cita con Mattia, y empecé á vagar por los muelles viendo correr el agua.

Llegó la noche, encendiéronse los mecheros de gas, y entónces me dirigí hácia la iglesia de Nôtre-Dame, cuyas torres se destacaban por oscuro, sobre el enrojido cielo del crepúsculo. En el ábside encontré un banco y en él me senté, experimentando un gran consuelo, pues estaba rendido como si hubiese hecho una larga jornada. Allí reanudé mis reflexiones. Nunca me había sentido tan quebrantado. Dentro de mí y en derredor mío, todo era lúgubre; en aquella in-

mensa ciudad de París, llena de luz, de movimiento y de ruido, me creía más perdido que en medio de los campos y de los bosques.

Las personas que pasaban por delante de mi banco se volvian para mirarme; pero ¿qué me importaba su curiosidad ó su simpatía!

Mi única distracción era contar las horas que oía sonar en torno mío; entónces calculé cuánto tiempo faltaba para recobrar el valor y las fuerzas en la amistad de Mattia. ¿Qué consuelo era para mí pensar que pronto vería sus dulces y cariñosos ojos!

Un poco ántes de las siete oí un alegre ladrido y descubrí en la sombra un cuerpo blanco que se arrojaba sobre mí. Antes de que pudiese reflexionar ya había saltado Capi sobre mis rodillas lamiéndome las manos; le apreté contra mi pecho y le besé en el hocico.

No tardó en aparecer Mattia.

— ¿Qué hay? — gritó desde lejos.

— Ha muerto Barberin.

Eché á correr para reunirme más pronto conmigo y en breves y precipitadas palabras lo conté todo lo que había averiguado.

Al oírlo manifestó un pesar que me produjo gran alegría, pues comprendí que si abrigaba temores por su parte respecto de mi familia, no dejaba de desear sinceramente que yo encontrase á mis padres.

Trató de consolarme con afectuosas frases y quiso convencerme de que no debía perder las esperanzas.

—Si tus padres han encontrado á Barberin, se inquietarán al no tener noticias tuyas, y tratando de saber lo que le sucede, acudirán naturalmente á la fonda del Cantal; vamos, pues, á ella, y todo es cuestion de algunos dias.

Esto mismo me habia dicho la vieja sorda; sin embargo, aque las palabras adquirieron doble valor en boca de Mattia. Evidentemente no se trataba más que de un retraso; ¿por qué me habia desesperado de aquel modo? Más tranquilo ya, referí á Mattia lo que habia averiguado acerca de Garofoli.

—¡Tres meses todavía!—exclamó.

Y se puso á bailar y cantar en medio de la calle.

De pronto se detuvo y se acercó á mí:

—¡Qué diferencia de tu familia á la mía! Tú te acongojabas porque habías perdido la tuya y yo canto porque he perdido la mía.

—Un tio no es la familia, es decir, un tio como Garofoli; ¿bailarias si hubieses perdido á tu hermana Cristina?

—¡Oh! No digas eso.

—Ya lo ves.

Siguiendo por los muelles llegamos al pasaje de Austerlitz, y como ya no tenía los ojos cegados por la emocion, pude ver cuán hermoso es el Sena, durante la noche, iluminado por la luna, que siembra sus aguas de plateadas lentejuelas como si fuera un inmenso y movable espejo.

Si la fonda del Cantal era una casa honrada, no era hermosa, y cuando nos encontramos en un cuartito alumado y muy estrecho, no pude por ménos de pensar que no era en un aposento como aquel donde habia creído dormir. ¡Cuán poco se parecian las sábanas de algodón amarillento á los ricos pañales de que tantas veces me habia hablado la tia Barberin.

El pedazo de pan untado con queso de Italia, que constituyó nuestra cena, no se parecia tampoco al espléndido festin que habia pensado ofrecer á Mattia.

Pero, en fin, no estaba todo perdido; no habia más que esperar.

Esta idea me preocupaba cuando empecé á dormirme.

CAPÍTULO XXXIII.

INDAGACIONES.

Lo primero que hice á la mañana siguiente fué escribir á la tia Barberin para participarla lo que habia averiguado, tarea un tanto dificil para mí.

¿De qué medio me valdria para decirle que su marido habia muerto? La pobre mujer le tenía cariño, pues habian vivido juntos durante largo tiempo y se acongojaria mucho si yo no tomase parte en su dolor.

Mal ó bien, y á vuelta de mil seguridades de afecto repetidas sin cesar, llegué al fin de la carta. Naturalmente la hablaba de mi decepcion y de mis actua-

les esperanzas. Si he de decir la verdad, debo confesar que éste fué el único tema de la misiva. En el caso de que mi familia la escribiese para tener noticias de Barberin, la rogaba que me avisase al punto, y sobre todo, que me enviara la direccion que le diesen á Paris, fonda del Cantal.

Cumplido este deber, tenía que llamar otro con el padre de Lise, bastante penoso, bajo cierto punto de vista. Cuando dije á Lise, en Dreuzy, que mi primera salida en Paris seria para ver á su padre, añadí que, si como esperaba, mis padres eran ricos, les rogaria que pagasen la deuda de M. Acquin, de modo que mi presencia en la cárcel significaria la libertad del honrado jardinero. Esto formaba parte del programa de alegrías que me habia trazado: primero monsieur Acquin, en seguida la tia Barberin, luego Lise y despues Etienne, Aléxis y Benjamin. En cuanto á Mattia, lo que fuese de mí seria de él. ¡Qué decepcion, ir á la cárcel con las manos vacías y volver á ver á M. Acquin sin poder pagarle mi deuda de gratitud!

Afortunadamente podia llevarle consuelos y los besos de Lise y de Aléxis; su gozo paternal dulcificaria mi pena y siempre tendria la satisfaccion de haber hecho algo por él, esperando hacer más.

Mattia, que deseaba vivamente ver una cárcel, quiso acompañarme; ademas, yo tenía un placer en que conociese al que me habia servido de padre durante más de dos años.

Conociendo el medio de entrar en la cárcel de Clichy, no estuvimos mucho tiempo delante de su pesada puerta, como me sucedió la primera vez.

Hicieronnos entrar en un locutorio, y al poco tiempo llegó M. Acquin tendiéndome los brazos.

—¡Ah, hijo mio!—dijo abrazándome—¡querido Kemi!

En seguida empecé á hablarle de Lise y de Aléxis, y luego, cuando iba á decirle las causas de no haber podido visitar á Etienne, me interrumpió diciendo:

—¿Y tus padres?

—¡Ah! Ya lo sabeis.

Entonces me contó que Barberin habia ido á verle hacia unos quince dias.

—¡Ha muerto!—dije.

—¡Es una desgracia!

Me refirió que Barberin se habia dirigido á él para saber lo que era de mí. Cuando llegó á Paris fué Barberin á casa de Garofoli y, como era natural, no pudo encontrarle; entonces fué á buscarle muy lejos á la prision en que estaba, y allí supo que despues de morir Vitalis, me habia recogido un jardinero que se llamaba Acquin. Volvió á Paris, y en la Glacière le dijeron que el jardinero estaba detenido en Clichy. Fué á la cárcel y M. Acquin le dijo que me hallaba recorriendo la Francia, y que si en aquel momento no se podia saber con certeza donde estaba, era seguro que alguna vez pasaria por el lugar en que vivia cualquiera de sus hijos. En vista de esto me escribió á Dreuzy, á Varses, á Esnandes y á Saint-Quentin; si no encontré su carta en Dreuzy seria porque sali antes de que llegase.

—¿Y qué os ha dicho Barberin de mi familia?—le pregunté.

—Muy poco, ó por mejor decir, nada; tus padres habían averiguado por el comisario de policía del barrio de los Inválidos, que el niño abandonado en la alameda de Breteuil fué recogido por un albañil de Chavanon, llamado Barberin, y fueron á buscarte á su casa; más no encontrándote, le pidieron que les ayudase en sus averiguaciones.

—¿No os ha dicho su apellido ni de qué país eran?

—Al hacerle esas preguntas me dijo que más tarde me explicaría todo; no insistí, conociendo que

hacia un misterio del apellido de tus padres temiendo que le disminuyesen la ganancia que pensaba obtener de ellos. Como yo te he servido de padre, aunque por poco tiempo, creía Barberin que trataba de compartir con él el premio de sus indagaciones; le envié á paseo y no le he vuelto á ver; pero no me he figurado que hubiese muerto. De modo que sabes que tienes padres, y á consecuencia de los cálculos de ese viejo tacaño, ignoras quiénes sean y dónde estarán.

Díjeme cuál era nuestra esperanza, y la confirmé con estas razones:

—Puesto que tus padres han logrado hallar á Bar-



¡ Ah, hijo mío! — dijo abrazándome.

berin en Chavanon, puesto que Barberin se ha dado maña para encontrar á Garofoli y á mí, es indudable que te podrán buscar en la fonda del Cantal; no te muevas de allí.

Estas palabras me consolaron, devolviéndome la alegría; después nos pusimos á hablar de Lise, de Alexis y de mi enterramiento en la mina.

—¿Qué oficio tan terrible!—dijo cuando terminé mi relato.—¡Pobre Alexis! Era mucho más feliz cuando cultivaba los alfiles.

—Ya volverá á cultivarlos.

—¿Dios te oiga, mi querido Kemi!

En poco estuvo que le dijera que no tardaría mis padres en sacarle de la cárcel; pero pensé á tiempo que no conviene alabarse de antemano por los beneficios que se hayan de hacer, y me limité á asegurarle que bien pronto se vería en libertad rodeado de sus hijos.

—Mientras llega ese momento—me dijo Mattia cuando estuvimos en la calle—soy de opinión que no debemos perder el tiempo y que nos dediquemos á ganar dinero.

—Si hubiéramos consumido menos tiempo en ganar algunas monedas al venir de Chavanon á Dreuzy y de Dreuzy á París, habríamos llegado oportunamente para ver á Barberin.

—Es verdad, y me reprendo á mí mismo por haber sido causa de este percance, sin necesidad de que tú me censures.

—No es una censura, querido Mattia, te lo aseguro; sin tu concurso no hubiera podido dar á Lise su muñeca, y sin tus consejos estaríamos en las calles de París sin tener pan que llevarnos á la boca.

—Pues bien; si he tenido razon al proponerte que ganásemos dinero, figúrate que también la tengo ahora. Además, lo único que tenemos que hacer es cantar y tocar nuestro repertorio; para pasearnos esperemos tu carruaje que es más cómodo; en París estoy como en mi casa y conozco todos los rincones.

Así era la verdad; tan bien los conocía, que tocando y cantando en plazas, casas particulares y cafés, contamos ántes de acostarnos una ganancia de catorce francos.

Ántes de dormirme, me acordé de un pensamiento que había oído muchas veces á Vitalis, y según el cual la fortuna concede sus favores á los que no la necesitan. Indudablemente aquella ganancia era indicio seguro de que no tardaría en encontrar á mis padres.

Estaba tan convencido de la certidumbre de mis presentimientos, que al día siguiente hubiera perma-

necido en la fonda sin salir á la calle; pero Mattia hizo que quebrantara mi propósito obligándome á tocar y á cantar, logrando reunir once francos.

— Si no debiéramos ser ricos por tus padres — dijo Mattia riéndose á más no poder — lo seríamos por nosotros mismos, lo cual es un motivo de legítima satisfacción.

Así pasaron tres días sin que ocurriera nada notable y sin que la dueña de la fonda dejase de repetirme su eterno estribillo: « No ha venido nadie á preguntar por Barberin y no le recibida ninguna carta ni para vos ni para él »; pero al cuarto día me alargó un pliego.

Era la respuesta de la tía Barberin, ó por mejor decir, la respuesta que mandó escribir, pues ella no sabía.

Decíame que había sido avisada de la muerte de su marido, y que poco tiempo antes recibió una carta de él, que me enviaba por si me servía de algo, pues contenía datos acerca de mi familia.

— ¡ Pronto, pronto — exclamó Mattia — vamos á leer la carta de Barberin !

Abrió con temblorosa mano y leyó:

« Mi querida esposa :

« Estoy en el hospital, tan enfermo, que, á mi parecer, no volveré á levantarme. Si tuviese fuerzas te diría de qué manera he adquirido la enfermedad; pero esto no hace al caso y vamos á lo que importa. Te escribo para decirte que si no me cura, deberás escribir á « Greth and Galley, Green-square, Lincoln's-Inn, en Londres »; son unos curiales encargados de buscar á Kemí. Les dirás que tú sola puedes darles noticias del niño, y harás que te paguen bien tus informes; es preciso que con ese dinero te asegures una vejez tranquila. Podrás saber dónde está Kemí escribiendo á un tal Acquin, antiguo jardinero, detenido actualmente en la cárcel de Clichy en París. Procura que todas las cartas te las escriba el señor párroco, pues en este asunto no debes confiarle á nadie. No emprendas nada antes de saber si he muerto.

« Recibe un abrazo de

Barberin. »

Apénas acabé de leer la última palabra de la carta, se levantó Mattia de un salto.

— ¡ En marcha para Londres ! — gritó.

Hasta tal punto me sorprendió lo que acababa de saber, que me puse á mirar á Mattia sin pronunciar una palabra.

— Puesto que la carta de Barberin dice que los encargados de buscarte son curiales ingleses — continuó — es indudable que tus padres también son ingleses.

— Pero....

— ¿ No te agrada ser inglés ?

— Habiera querido ser francés, del mismo país que Lise y los hermanos.

— Yo quisiera que fueses italiano.

— Si soy inglés seré del mismo país que Arturo y que Mme. Milligan.

— ¿ Qué significa eso « si soy inglés » ? Lo eres, sin la menor duda; si tus padres fuesen franceses,

no encargarían á la justicia inglesa que buscara á su hijo perdido. Dando por supuesto que eres inglés, es preciso ir á Inglaterra, y me parece el mejor medio de acercarte á tus padres.

— ¿ Y si escribiese á esos curiales ?

— ¿ Para qué ? Es preferible hablar á escribir; así se entienden mejor las gentes. Cuando llegamos á París, teníamos diez y siete francos; hemos ganado un día catorce francos, otro once, despues nueve, total, cincuenta y un francos; hemos gastado ocho, nos quedan, pues, cuarenta y tres francos, más de lo que necesitamos para ir á Londres; en Boulogne hay buques que cruzan el Canal de la Mancha á precios módicos.

— ¿ Has estado en Londres ?

— No; pero en el circo Gassot habia dos clowns que eran ingleses; me hablaban muchas veces de Londres y me enseñaron bastantes palabras de su idioma para poder hablar sin que nos entendiese la tía Gassot. ¡ Por este medio nos hablábamos en su cara y no podía enfadarse ! Yo te guiaré en Londres.

— También yo he aprendido inglés con Vitalis.

— Si, pero en tres años has debido olvidarlo y yo lo recuerdo perfectamente, ya verás. Por otra parte, no con el afán de ser útil es por lo que quiero ir contigo á Londres; y para ser te franco, te diré que tengo otra razón.

— ¿ Cual es ?

— Si tus padres viniesen á buscarte á París, acaso no accederían á llevarme contigo, mientras que cuando estés en Inglaterra les daré lástima y no me separarán de tu lado.

Semejante suposición me parecía ofensiva para mis padres; en rigor no dejaba de ser razonable, y aun cuando no tuviese más que una probabilidad de realizarse, era bastante para que yo aceptara la idea de marchar al punto con Mattia.

— En marcha — le dije.

— ¿ Te parece bien ?

En dos minutos quedaron arreglados los zurrones y bajamos dispuestos para marchar.

Cuando la dueña de la fonda nos vio equipados de aquel modo, empezó á dar gritos:

— « El señorito — el señorito era yo — debía esperar á sus padres; eso es lo más prudente, y además verían que le hemos cuidado muy bien.

Pero no era su elocuencia bastante persuasiva para detenerme. Pagué la cuenta y me dirigí hacia la calle en que Mattia y *Cypri* me esperaban.

— ¿ Cuáles son vuestras señas ? — preguntó la vieja.

Consideré que sería prudente dárselas y las escribí en un cuaderno.

— En Londres — exclamó — dos jóvenes solos por las carreteras, por el mar, por las calles de Londres.

Antes de ponernos en camino para Boulogne, dejamos despedirnos de M. Acquin.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

Turbóse el doctor sin saber por el pronto qué respuesta dar á aquella perentoria pregunta; mas cuando iba á formular una frase evasiva para salir del paso, atajóle el herido la palabra diciéndole:

—Sé lo que van á preferir vuestros labios..... Aprovechemos los instantes, amigo mío..... Tengo sagrados deberes que cumplimentar antes de morir.

—¿Por piedad! Sosegaos, don Félix — balbuceó el doctor vivamente emocionado.

—Estoy tranquilo..... Oídme: os haréis cargo de la expedición..... pero volved inmediatamente á España..... ¡Salvad á Clotilde!..... Cuando lo creáis oportuno reveladla todo lo que os he contado acerca de su origen..... Aunque el monstruo, origen de mis desdichas, me desposeyó de mi legítima herencia..... mi buen padre, para que ésta no sufriese ningún menoscabo, impuso en el Banco de Marsella la cantidad de 300.000 duros con destino á la presente expedición y..... aún queda para que Clotilde viva el resto de sus días..... Haced que vengan los oficiales de á bordo..... quiero otorgar testamento..... Apresuraos, amigo mío, apresuraos.

II.

Transido de pena corrió don Francisco Pocy á satisfacer los deseos del capitán.

Media hora despues, ante los congregados al efecto, dictó el herido sus últimas disposiciones; por ellas quedaba el doctor designado como albacea ó ejecutor testamentario. Los buques y todo el material de la expedición serian vendidos en pública subasta, y con su producto y el del oro y las piedras preciosas que á este fin se recogiesen, formariase una renta que satisficiera ampliamente las necesidades de Clotilde. El viejo Ambrosio y otros ancianos servidores quedaban tambien favorecidos con algunas mandas de por vida. Asimismo se destinaria una cantidad considerable á la creación y sostenimiento de un Instituto, gratuito, de Geografía y Escuela de capitanes, pilotos y contramaestres españoles. Como cariñoso recuerdo, el capitán Ballesta dejaba al doctor Pocy sus libros, sus instrumentos náuticos y multitud de manuscritos que encerraban excelentes estudios sobre Mecánica, Meteorología, Historia natural y Geografía astronómica, continental y marítima.

Despues de firmar los presentes, hondamente afectados, como testigos, el documento que encerraba la

postrera voluntad de don Félix, por indicaciones del sabio abandonaron todos la habitación.

—Ahora, querido capitán — exclamó el señor Pocy —dad, por el cielo, algun reposo al inquieto espíritu; no agraveis vuestra situación pensando en los terribles azares á que dejáis expuestos á los que bien os aman.

—Tranquillo estoy, doctor; he realizado la empresa que me proponia..... He dado á mi patria un continente y á mi nombre imperecedera memoria..... Sólo me preocupa..... ¡Ah!..... ¡Clotilde!..... ¡pobre Clotilde!..... Velad por ella..... Salvadla..... ¡Jurádmelo!

—¡Por mi nunca mancillada honra! — exclamó el sabio en un nobilísimo arranque. — Despues añadió: — Pero, amigo mío, calmaos, os lo ruego; vuestro estado es grave; y las emociones, las angustias que os asaltan de continuo le empeoran terriblemente..... ¡Ah! si hubiera sido encontrado el miserable que os ha puesto en tan triste estado.....

—Dejadle en paz, doctor amigo..... Si su acción ha sido indigna sufrirá en la tierra..... no lo dudeis..... el justo castigo.

—¡Ay, amigo capitán! — exclamó el sabio con incrédulo énfasis. — ¿Creéis en los prejuicios de la Providencia?

—Creo en la inexorable ley de las compensaciones.....

Dichas estas palabras, don Félix Ballesta cerró los ojos y pareció rendirse algunos momentos á invencible somnolencia.

El doctor le tomó detenidamente el pulso en las muñecas y las sienes, palpó despues sus extremidades, que estaban heladas, y sintomas alarmantes hubo de notar, porque, lleno de inquietud, levantóse del asiento que ocupaba para disponer un enérgico reactivo, cuando el capitán, vuelto en sí del extraño sopor que le embargaba, dijo con apagado y balbuciente acento:

—Clotilde..... ¿dónde está..... Clotilde?

—¡Félix de mi alma! — gritó ésta corriendo desolada hácia su esposo.

La pobre mujer al salir de la habitación no consintió separarse de la inmediata; próxima al quicio de la puerta, anhelante, respirando apénas para oír todos los ruidos que venian del cuarto del enfermo, secas las fuentes del llanto, pues no encontraba en su inmenso dolor lágrimas que derramar, no parecia un ser dotado de vida y alientos, sino la fantástica imágen de un sueño de desventuras.

Existen en la vida algunos dolores que para describirlos es impotente el lenguaje humano. Clotilde cayó de rodillas ante el lecho, y tomando la helada diestra del capitán cubrióla de apasionados besos.

Intensa lividez se esparció en aquel instante por las nobles facciones del herido.

— ¡Ya no hay remedio! — dijo mentalmente el doctor, mientras que á sus entornados ojos afluían dos ardientes lágrimas.

— ¡Ah!... — exclamó Ballesta con ronco y casi imperceptible acento — doctor... me algo... me algo... Clotilde... Clotilde... mía...

Y fijando en su doliente esposa profunda mirada, en la que pareció reconcentrar el espíritu toda su energía, exhaló después un gemido, su respiración hizose anhelante y cavernosa, cubrióse el rostro de amoratadas tintas, y por los entreabiertos labios salió un borbotón de espuma sanguinolenta.

El capitán Félix Ballesta había dejado de existir.

III.

Como una hora escasa antes de que el doctor Poy se personase en el fuerte, en los críticos momentos que preceden resacaados, volvía don Félix de á bordo; había ido á su buque en las primeras horas de la mañana para adoptar algunas disposiciones; tan luego llegó á la playa saltó en ella y despidió la chalupa.

Acto continuo emprendió la marcha en dirección del campamento, mas apenas habria recorrido la mitad del trayecto cuando sintióse súbitamente herido por la traidora bala que le arrebató la vida.

Como desde el fuerte se dominaban los campos inmediatos hasta la orilla del mar, prontamente los que le guameaban, al oír la detonación de un arma de fuego, diéronse cuenta de lo que pasaba, y corrieron presurosos á socorrer á su capitán y á perseguir al villano autor del hecho que no debía andar muy distante.

Se dedicaron algunos marineros á improvisar una camilla para trasportar el herido al fuerte, y los restantes á dar una batida en un bosquecillo próximo, pues todo indicaba que desde él habia partido la in calificable agresión.

Componíase el bosquecillo de unas cuantas docenas de robles y sicomoros, que entrelazando entre sí sus verdes ramas formaban con su espeso follaje alta bóveda, que la luz del sol apenas podía traspasar en alguno que otro paraje.

Multitud de hejucos y plantas parásitas y trepadoras se enredaban de unos á otros árboles con sus numerosos tentáculos, permitaseme el simúl, como si alardeáran de aprisionar con ellos á aquellos erguidos representantes del mundo vegetal.

Cubrían casi todo el suelo del bosquecillo exuberante hojarasca y altas gramíneas, que pasaban en algunos centímetros al hombre de más aventajada estatura. Fácil fué al asesino ocultarse en la maleza y desde aquel lugar de acceho herir á mansalva á la desconfiada víctima.

Foсеidos de viva indignación y esgrimiendo sus

bachas, penetraron los marineros españoles en la espesura, recorriéronla en todos sentidos; no quedó mata, ni árbol, ni espacio alguno de terreno que no fuese examinado y reconocido detenidamente.

Mediria á la saumo el bosquecillo en su mayor extensión medio kilómetro; en ningún paraje de él encontraron los exploradores rastro ni indicio alguno del criminal que buscaban. Tras una hora de infructuosas investigaciones retiráronse al fuerte, convencidos de que el asesino habia puesto piés en polvorosa.

— El muy desorejado — exclamó un marinero — tendria ya aprehendido el aparejo para virar en redondo y tomar la vuelta de afuera.

— Si valiese mi consejo — repuso *Carga-juametes* — que es el de un hombre de experiencia y de busilis, ahora mesmo ponía la proba al campamento de los extrangis, y no dejaba en él títtere con cabeza; porque todas las cosas se aguantan tan y mientras pueden aguantarse; pero cuando ya no hay aguanta-deras que valgan, es una indigniá el seguir aguantando las cosas. Esto es lógico, como dice el doctor Poy.

IV.

Apénas el sol de aquel tristísimo día, que llevaba la fecha de 9 de Febrero, traspuso el horizonte y extendió su negro capuz salpicado de estrellas la brevísima noche, que imperaba en aquellos climas en la citada época del año, un hombre empezó á moverse con gran cautela entre el espeso ramaje de la cima de un erguido sicomoro.

Tenia lugar este hecho en el bosquecillo á que me he referido anteriormente. Aquel hombre, envuelto en las sombras de la noche, atento el oído á todos los ruidos, deteniéndose á cada momento, se deslizaba lentamente por el tronco del árbol.

Al fin, poco á poco y con infinitas precauciones, logró posar los piés sobre algunas retorcidas raíces del sicomoro, que asomaban á flor del suelo.

Acto continuo tendióse en él, y arrastrándose entre las altas hierbas con los reptiles, tropezando á menudo en el rostro y en las manos con multitud de sabandijas, que causaban al miserable terribles impresiones, fué caminando lo más en línea recta que pudo.

De esta suerte llegó al límite S. del bosquecillo; allí se detuvo algunos instantes; sus ojos procuraban explorar entre las tinieblas de la noche el terreno que ante él se extendía.

(Se continuará.)

EL CAIRO.

El artículo que publicamos á continuación es un extracto de la obra *Los Países del extremo Oriente*, escrita por don Juan Manuel Pereira (1):

«Al amanecer del siguiente día salí por el ferrocarril para el Cairo, alejándome á mi llegada en una fonda francesa á la cual me había dirigido el dueño de la de Suez, que era buena, y sus dueños tan amables, que me proporcionaron un *cicerone, dragoman*, como allí se dice, que me guiase por la población y me mostrase lo que en ella hubiese de notable.

«El Nilo separa la actual capital de Egipto del emplazamiento que ocupaba la antigua corte de Cheops cuyas ruinas en vano buscará el viajero, porque no existen. El kediye Ismail, que tuvo la gloria de asociar su nombre al de Mr. Lesseps para la ruptura del istmo de Suez, iba trasformando á la manera europea aquella ciudad, lo que si bien le dará más agradable aspecto para nosotros, en cambio, arrancarle ha el sello que su situación, su historia, el Nilo mismo parece que le imponen.

«No obstante, su ciudadela romana, los restos de un acueducto romano tambien; sus mezquitas y sus mismas construcciones modernas presentan el curioso cuadro del mal avenido consorcio de tres diferentes civilizaciones, que cediendo por la inevitable ley de la naturaleza, que, ante el vigor de la juventud condena á la decrepitud, al abandono y al olvido, se sucedieron unas á otras; interponiendo, cual si se usasen de su propia audacia, el Nilo entre la nueva corte y la antigua capital, cuya sagrada sombra, tristemente encerrada en las maravillosas pirámides, obra de su edad lozana, protesta desde aquellas inmensas moles, sepulcros de sus reyes, contra la profanación que en aquel privilegiado suelo del jeroglífico y del misterio hicieron las extranjeras gentes que de él se apoderaron.

«Entré en sus mezquitas, calzando por encima de las botas unas babuchas á manera de alpargatas, hechas de estera, para impedir que el sagrado pavimento se profanase con la huella de un pié calzado, como si aquella cubierta lo dejase descalzo, ficción legal, como otras tantas, que, aunque de diferente género, entre nosotros tambien tenemos. Magníficas son algunas de aquellas mezquitas; pero en ninguna de ellas hallé semejanza, como me lo había figurado, con aquel bosque de columnas convertido despues neciamente en catedral de Córdoba, y si tuviesen altura, podría creerse se edificaran para templos nuestros.

«Están todas precedidas de un gran patio, en cuyo centro un pozo suministra el agua necesaria para las abluciones de los fieles, que tienen obligación de lavarse cuando entran en el templo; uso que no sería malo si se introdujera en nuestras iglesias para acostumbrar á los campesinos á la limpieza y al aseo. En la mayor parte de ellas hay el sepulcro del califa

fundador, que, por lo general, está colocado en una especie de capilla, no de grandes dimensiones, pero cerrada por altísima bóveda ó por artesonado de madera. Su exterior no tiene la magnificencia de nuestras catedrales; pero los altos minaretes, equivalentes á nuestras torres, las dan una apariencia bonita, y el conjunto que presentan destacando sus agujas sobre los demás edificios es sumamente pintoresco y agradable.

«El Bazar, de estrechísimos callejones, en los cuales están los establecimientos de astutos comerciantes que con una paciencia digna de Job no se cansa de enseñar ricos tejidos de preciosas telas, y otras calles de fisonomía árabe, á las que se entra sin transición desde las ya construidas á la manera europea, presentan una mezcla curiosísima de Europa y África.

(Se continuará.)

HUESCA.

SALA BAJA DEL ANTIGUO PALACIO DE LOS REYES DE ARAGON, LLAMADA «LA CAMPANA DE DON RAMIRO.»

En el lugar correspondiente damos hoy un grabado representando la sala baja del antiguo palacio de los Reyes de Aragon, en Huesca, que por el sucesor famoso que en ella ocurrió en tiempo de don Ramiro I, llamado el rey *Monje*, y por otros el rey *Cagulla*, lleva desde entonces el nombre de *La Campana*.

Desde la de grados de la Universidad, magnífico local decorado con numerosos retratos de los varones más insignes que de ella salieron, y entre ellos los Argensolas, una pequeña puerta da ingreso á la capilla de los reyes, y varios escalones conducen á la Campana.

Hé aquí como se refiere el suceso:

Parece que habiendo enviado don Ramiro un mensajero á consultar con el abad del monasterio de San Ponce de Romera, donde había sido religioso aquel Rey, qué debería hacer para asegurar el reino y tener sumisos á los grandes que le menospreciaban, el buen abad no dió otra respuesta que entrar en la huerta del convento seguido del enviado del Rey, delante del cual, imitando el ejemplo de Tarquino, en Roma, fué derribando y descabezando las más altas coles y lozanas plantas, diciéndole luego: «Contad al Rey lo que habeis visto. Es cuanto se me ocurre aconsejarle.»

Enterado el Monarca, y comprendiendo perfectamente el sentido que el hecho encerraba, convocó á todos los ricos hombres, caballeros y procuradores de las villas y lugares de Aragon, para que se juntasen en Córtes en la ciudad de Huesca.

Congregados que fueron, expusoles la peregrina especie de que quería fundir una campana cuya voz había de oírse y resonar en todo el reino á fin de convocar la gente siempre que fuera menester. El

(1) Esta obra está adornada con profusion de grabados, y se halla de venta en todas las librerías, al precio de 6 pesetas.



HUESCA.—SALA BAJA DEL PALACIO DE LOS REYES DE ARAGON, LLAMADA LA CAMPANA DE HUESCA.

proyecto excitó la burla de los magnates aragoneses que ni remotamente podían sospechar la terrible significación que ocultaban; así es que cierto día los grandes fueron concurriendo al palacio del Rey, en uno de cuyos aposentos estaban las personas á quienes habia encomendado la terrible ejecución de su designio, y que, en efecto, degollaron uno á uno hasta quince ricos hombres de los más principales, cuyas cabezas hizo colgar en la bóveda que el grabado representa.

Algunos historiadores tienen por fábula este hecho, que, sin embargo, cuenta en su favor el parecer de otros meritorios de crédito ni mucho ménos, y ademas la tradición oral y escrita, que desde aquellos tiempos no se ha interrumpido. Los primeros se apoyan especialmente en el apocamiento de ánimo atribuido al rey *Monje*, pero esto á nuestro modo de ver, no sólo no es razon en favor, sino que lo es en contra, pues nadie mejor que los espíritus pusilánimes necesitan recurrir á medios tan extremados para tranquilizar los temores de que crean continuamente amenazada su existencia. Ademas, en la parte del N. contigua á la iglesia de Caballeros Hospitalarios, se conservaba aún en tiempo de Aíza el altar de obra por cabecera, y á los lados diez y ocho sepulcros de piedra, quince de los cuales pertenecian á las víctimas de la severa justicia ó venganza del rey *Monje*, que tenían grabados en la lápida una espada desnuda y una campana sin badajo.

LA LIMOSNA.

I.

Aunque haya quien me recuerde que no debe comenzarse la relación de la guerra de Troya por la fabulosa historia de los huevos de Leda, y aunque tema que se me compare con aquel abogado célebre, que, historiando el robo de un haz de cebada, despues de haber hablado tres días consecutivos, daba respiro al tribunal, diciendo: «Llegamos ya, excelentísimo señor, á la creacion del mundo», yo que soy excesivamente ordenado en todas mis operaciones, no tengo más remedio que empezar esta historia desde el principio.

Por lo tanto, empezaré diciéndoos que el héroe de mi cuento se murió de noventa y nueve años, trescientos sesenta y cuatro días, veintitres horas, cincuenta y nueve minutos y cincuenta y nueve segundos.

¿Quién era este héroe? Ni lo sé, ni me importa. Tengo para mí que mientras vivió se asemejó en el mundo á aquel santo que dicen está en el cielo sin acordarse de nadie y sin que nadie se acuerde de él. Era uno de esos entes que sólo nacen para alimentar á un asno con la hierba que nace en su sepultura. El epitafio que en ésta le pusieron decía:

AQUÍ YACE

DON CANUTO DE PÍPITAÑA,
CUYA PREMATURA MUERTE,
LLEORAN SUS NUMEROSOS AMIGOS
Y COMPAÑEROS DE COLEGIO.

Pero ya se sabe que son poco verídicos los epitafios, y respecto á ellos me sucede lo mismo que respecto á las personas. Creo á todas verídicas hasta que me engañan una vez, pero no vuelvo á creer al que una vez me ha dicho una mentira. Ahora bien; el citado epitafio empieza por una falsedad evidente. Dice «Aquí yace», y segun la religion católica nos enseña y segun nos enseña también la filosofía, el hombre no yace en la tumba, como no yace la oruga que se convierte en mariposa en el sitio que deja su capullo. Vistas así las orejas del asno por encima de la tapia, ¿qué necesidad tenemos de mirar más para saber que detras estará el cuerpo?

Pero si no tengo noticias de lo que era en nuestro mundo el señor don Canuto de Pípitaña, téngolas, y muy exactas de lo que se le ocurrió despues de muerto, y éstas son las que comunicaré á mis amigos y desconocidos oyentes, si se toman la molestia de escucharme. Pero ellos preguntarán cómo tengo esas noticias. Eso es lo primero que les voy á decir.

II.

En los pasados siglos, apénas se conocian entre nosotros los territorios que caen del lado de allá de la tumba. Cierto es que algunos atrevidos viajeros que jamas habían salido de su casa decian haberlos recorrido, y nos daban acerca de ellos curiosos detalles. Sin acudir á la antigüedad, en que uno habia visto freir almas en el otro mundo, como aquí se frien bueños; en que otro hablaba de transmutaciones de hombres en animales, y reconocia á su padre en el primer charlito que pasaba por el aire; en que Platon recopilaba las revelaciones del Er, y en que Luciano veia á Filipo de Macedonia remendándose los zapatos cuando ya ni tenia cuerpo, ni por consiguiente piés en que ponerse los, podemos encontrar en la Edad Media, ya á San Márcio Romano, que estuvo cien años rezando á las puertas del Paraiso; ya á Webin, que vió los sacerdotes voluptuosos y á las mujeres seducidas por ellos, instigados por dos demonios, en un lago de llamas; ya á Breslan, que vió los ángeles caidos, convertidos en pájaros blancos de los salmos de David; ya á San Patricio en su cueva; ya á Raul, que no halló en el infierno sino un refectorio donde, sobre manteles de piel de publicano y servilletas de piel de ramera, le sirvieron pasteles de monja, lenguas de maldicientes y otros apetitosos manjares del mismo género; ya, en fin, de otros muchos cuya cuenta seria interminable. Pero todo esto se subia sólo de oídas, no era dable hasta ahora á cada prójimo informarse por sí mismo de lo que sucedia en el sitio adonde todos hemos de ir, y todas las relaciones indicadas encontraban hartos incrédulos. Hoy estamos mucho más adelantados; cualquier mesa de pino nos dice hablando con los piés lo que en el otro mundo pasa, y no hace mucho tiempo que Mr. Victoriano Sardon,

aplaudido autor dramático del vecino Imperio, ape-
lando á este don del *espiritismo*, ha descubierto que
en Júpiter los espíritus tienen sus casas (móviles
para mayor comodidad), sus lagos en que han cons-
truido ciudades anfibias á modo de Venecia, su at-
mósfera en que han construido ciudades volátiles, sus
jardines, sus teatros, sus bailes, sus conciertos y sus
criados, que son animales virtuosos de nuestro mundo,
á quienes se concede despues de la muerte la resur-
reccion en aquel sitio privilegiado bajo una forma
semihumana, algo semejante á la que suponemos á
los sátiros y los faunos. Cervantes Saavedra, por
ejemplo, en los momentos en que Mr. Sardou consul-
taba la mesa, acababa de recibir como mozo de om-
las á un magnífico *ex-leon* del Atlas.

Todo esto es cierto, claro, indudable, y lo que dice
Mr. Sardou: «Si el lector no encuentra en la verosimi-
litud de las explicaciones una prueba suficiente de su
verdad.... explíquese él mismo con los espíritus.»
Desde que habiendo las mesas aprendido á hablar por
los pies, la ciencia de lo desconocido ha dado tan
gran paso, lo que ocurre en el otro mundo está al
alcance de todos, y hé aquí cómo he sabido lo que
ocurrió en el otro mundo á don Canuto de Pipitaña.

Por cierto que la mesa que me dió estas noticias
terminó la sesión propinándome un puntapié ma-
yúsculo, de cuyo hecho he deducido lo siguiente:

MÁXIMA FILOSÓFICA.

¡Tiene tambien sus inconvenientes la familiaridad
con las patas de las mesas!

III.

Apénas se separó del cuerpo el alma de cántaro
de don Canuto de Pipitaña (la llamo alma de cántaro
porque todo lo que en el hombre no es el alma es, se-
gun el Génesis, barro rojo semejante acaso al de las
cantarillas de San Isidro), empezó á subir por los
aires como un globo cuya cuerda se ha cortado, y no
como un globo ordinario, sino como aquel que, segun
Edgar Poe, se colgó de los cuernos de la luna.

En la mitad, precisamente en la mitad de los es-
pacios detuvo esta alma, y dirigiendo los lentes á
un lado y á otro para ver qué rumbo tomaria, vió tres
sendas que se cruzaban. La primera era de rosas y
cuesta abajo, y marchaban por ella jóvenes y viejos
de ambos sexos cantando y bailando como embria-
gados.

La opuesta era de espinas y cuesta arriba.

Por ella sólo marchaban algunos infelices con la
cruz acuestas, tropezando y cayendo á cada instante.

La tercera era entrecerrada de espinas y rosas, y los
que por ella marchaban tenían en una mano el libro
de oraciones, y en otra una novela profana. Don Ca-
nuto de Pipitaña miró atentamente los tres caminos
y se decidió por el primero. «Vamos con la gente ale-
gre y las buenas mozas», se dijo, y comenzó á andar.

El camino era corto y terminaba en un palacio ne-
gro como el azabache, que exhalaba cierto olor á azu-
fre, y del cual salian gemidos tristísimos. Don Canuto
quiso entrar en este palacio, pero un diablo negro y
coronado con alas de murciélago y uñas de gato, que

estaba á la puerta de centinela teniendo á modo de
alabarda una caña de pescar, le cerró el paso diciendo:

— Caballero, el billete.

— ¡El billete! ¡se necesita el billete para entrar en
el infierno! — exclamó admirado don Canuto.

— ¡Pues podía no necesitarse! — le replicó admi-
rado el demonio. — ¿No ha necesitado V. billete en el
mundo para ver las comedias malas? ¿Y no sabe us-
ted que aquí en el infierno es donde hemos inventado
todas las restricciones? ¡Largo!

Y le sacudió un cañazo en la cabeza que no lleva-
ba, que le hizo correr con los pies que no tenía, hasta
llegar á la senda entrecerrada de espinas y rosas.

Esta senda terminaba en una ciudad como las nues-
tras, en que lo bueno y lo malo estaban unidos como
la sombra y la luz, como el anverso y el reverso de
las medallas, y sobre la cual se elevaba como el humo
sobre la hoguera, un rumor confuso de risas y llan-
tos, de serenatas y preces funerarias que mareaba y
aturdía.

Á las puertas de esta ciudad, un hombre mitad ho-
nito y mitad feo, mitad viejo y mitad joven, seme-
jante á esas figuras que presentan lo que es una dama
en el baile, y lo que es luego en su alcoba, detuvo el
paso á don Canuto y le pidió el pasaporte.

— No le tengo — dijo don Canuto.

— Pues entónces no puede entrar V.

Y le sonrió amablemente con la media cara joven,
y con la pierna vieja le sacudió un puntapié que le
llevó á la senda de espinas.

— ¡Vaya por Dios! — dijo don Canuto, llevándose
las manos á la parte dolorida. — Será preciso que coja
una cruz. ¡Pobres hombros míos!

Pero no encontró quien diese cruces.

— Esas — le dijo el guarda del camino — se traen de
la tierra.

— Pues me volveré al mundo á buscarla — respon-
dió don Canuto, á quien no hubiera pasado resucitar
para dar un disgusto á su viuda.

— La muerte no devuelve sus presas — le dijo el
guarda.

— ¿Entónces, estoy aquí como el alma de Garibay,
sin poder entrar en los cielos, en el purgatorio ni en
el infierno?

— Vaya V. al tribunal, y allí le darán su merecido.

— ¿Y dónde está el tribunal?

— Va V. á verlo.

Y sacando una trompeta gigantesca, metió en ella
á don Canuto, sopló y le envió como una majuela al
sitio que deseaba.

¡Si tendría pulmones aquel espíritu incorpóreo!

IV.

Del trono de la justicia divina brotaba en ondas
una cascada de luz ante el menor de cuyos destellos
el sol hubiera parecido un cuerpo opaco, y sobre el
trono se extendía un iris de meladía como el iris de
colores que se eleva sobre la catarata del Niágara.

El ángel de la Justicia vestía una túnica blanca, y
tenía en una mano el peso de oro y en la otra la es-
pada de fuego que cerró á Adán las puertas del Pa-
raíso.

Á la diestra del ángel de la justicia, el Custodio, llenas de flores las manos, ponía una flor en el platillo de la balanza por cada acción buena que se hallaba en la cuenta de los procesados. Al lado izquierdo, Satanás ponía por cada acción mala una moneda de hierro.

Había mucha gente esperando al juicio, y unos con semblante triste, y otros con rostro alegre, todos con emoción anhelaban que les fuese su vez.

Si tuviese más tiempo y más espacio, yo os contaría algunos de aquellos juicios en que se veía por el reverso el tapiz de la vida, en que se veía la humanidad como sólo puede verla Dios; pero no siéndome esto posible, sólo os diré que el alma de cántaro de don Canuto, después de haber observado mucho lo que pasaba en el tiempo en que estuvo esperando vez, llegó á sacar esta consecuencia:

—Todos los hombres son igualmente felices ó igualmente desgraciados, así como todos los hombres son igualmente buenos y malos.

¿Era exacta esta conclusión? Yo no digo tal cosa; lo que digo es que la sacó el alma de don Canuto, y que era el alma de un hombre, y por consiguiente, un alma de cántaro.

V.

—¿Canuto de Pipitaña!—gritó el ángel que llamaba á juicio, y don Canuto, estremeciéndose como el roo á quien se da la orden de levantarse para marchar al suplicio, contestó con voz balbuciente:

—Señor, aquí estoy.

En seguida se adelantó hasta llegar á los pies del trono de la justicia divina, y se postró de rodillas. Los que áun esperaban turno, formaban un círculo en derredor cerrando el horizonte como las montañas una llanura.

—Hijo de la nada—dijo el ángel de la Justicia—la vida fué una moneda que te prestó la Providencia. ¿Qué has hecho de esa moneda? ¿La has duplicado, la has perdido ó la conservas intacta?

—Señor—respondió don Canuto, gimiendo y llorando—¡he navegado sin brújula por mares desconocidos! ¡perdon si me he separado de la línea recta! —Te fué dada la inteligencia para que buscaras el bien y huyes del mal; ¿la has empleado en servicio de Dios, ó en tu servicio propio?

—¿En el mío!—suspiró don Canuto.

Luzbel arrojó una moneda en la balanza.

El ángel prosiguió:

—¿Has amado á Dios sobre todas las cosas?

—¡Ay, señor!—dijo don Canuto—¡Confieso que sólo me he amado á mí!

—La canción eterna—murmuró, riendo Luzbel, y echó otra moneda.

—¿Has jurado el nombre de Dios en vano?

—*Totus ad exemplar regis componitur orbis*, y yo que era absolutista, y creía á los reyes representantes de Dios en la tierra, he leído en las historias que faltaban tantas veces á sus juramentos.....

El diablo echó otra moneda.

—¿Has santificado las fiestas?

—Eso sí, señor; gracias á lo que había robado mi padre, que tenía, como don Bartolo, solamente la

honradez necesaria para no ser ahorcado, no he necesitado nunca trabajar para vivir; así es que gastaba seis días de la semana en no hacer nada, y el séptimo descansaba y me divertía.

El diablo se volvió á sonreír, diciendo:

—Emplear el domingo en pecar, aunque se encabece el día oyendo misa, no es servir á Dios;—y echó otra moneda.

—¿Has honrado á tu padre y tu madre?

—Me dejaron huérfano en la cuna. En cuanto á mis antepasados, sólo diré que fueron héroes, y yo nada hice más que llevar su nombre.

—¿Has matado?

—Violentamente, no; á disgustos, á mucha gente.

—¿Y has.....

—Corramos un velo sobre el sexto y séptimo. Una copla antigua dice:

Si en el sexto no hay perdón

Ni en el séptimo rebaja.

Bien puede Nuestro Señor

Llenar el cielo de paja.

—¿Has levantado falsos testimonios ó has mentado?

—Señor, podemos poner un estrambote á la copla.

—¿Has deseado la mujer de tu prójimo?

—¡Si no hubiera hecho más que desearla!

El platillo del diablo estaba lleno de monedas de hierro; en el del ángel no había siquiera una flor.

Hubo un momento de silencio.

En seguida el diablo levantó la voz y dijo:—Este hombre es mío.

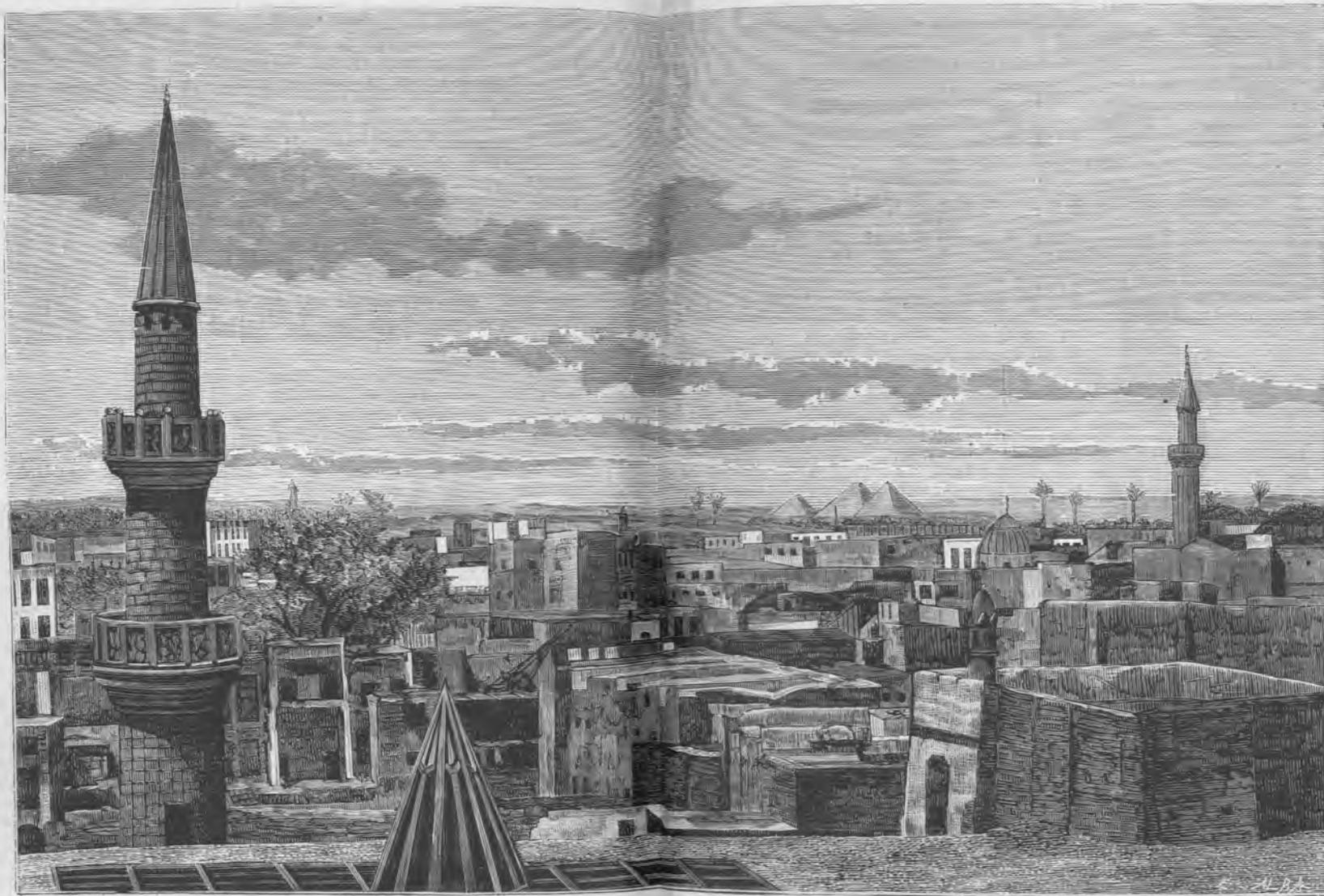
Y la frente de los ángeles se nubló como el sol en un eclipse.

Pero rompiendo por entre la multitud un anciano venerable, de barba y cabellos blancos como la espuma del mar, de frente morena como los torreones derruidos por el sol, y cuyo cuerpo recordaba esas antiguas encinas, bajo las cuales ofrecían sus sacrificios los antiguos sacerdotes, se presentó seguido de jóvenes matronas y niños que llevaban en sus manos, ya las palmas del martirio, ya los laureles de la victoria, y dijo levantando la voz:—¡Deteneos!

Hubo un movimiento en la multitud como el de un campo de espigas que mece el viento.

Los ángeles detuvieron el aliento, se hizo silencio, y el anciano prosiguió:

—Yo era pobre, tanto que no tenía con qué alimentarme. Una tarde había implorado en vano la caridad de todo un pueblo, y enfermo, y desfallecido, esperaba la muerte al borde de un camino, cuando pasó este hombre, á quien vais á condenar, y conmovido por mis desgracias, me arrojó una moneda con que compré pan, me alimenté y pude resistir á la muerte por algunos días. En esos días recibí una herencia, me hallé rico, me casé, tuve hijos, y éstos que veis son mis descendientes. Sin la limosna de este hombre yo hubiera muerto dudando de Dios y me hubiera condenado; merced á la limosna de este hombre he vivido, he dado ciudadanos á mi patria que la han honrado y defendido, y he dado santos al cielo. Debo pagar mi deuda; tanto yo como cada uno de los míos, regala-



VISTA GENERAL DEL CAIRO.

mos á éste mi bienhechor una de las flores que nos corresponden como símbolo de nuestras virtudes.

En un momento el platillo del ángel quedó cubierto de flores y el peso se equilibró.

El demonio se mordió los labios; pero al ver que el platillo sólo quedaba equilibrado, levantó á su vez la voz, y preparando otra moneda, dijo: Esperad: este hombre no ha dado más que dos limosnas en toda su vida. Una fué, en efecto, á este anciano, á quien aprovechó, como el dice; pero la otra fué recibida por un pobre fingido, presa mía y compendio de todos los vicios, que sin duda la empleó en embriagarse ó en pagar un plato de amor venal á una ramera. Con su segunda limosna, hecha sin discernimiento, ¿no puede haber originado delitos y hasta crímenes? La primera accion fué buena; la segunda es, por lo ménos, dudosa: dejadme poner por ella una moneda más en el platillo, y ese hombre me pertenece.

Todos temblaron, y el acusado más que todos; pero en aquel momento rasgáronse los espacios, que se inundaron de una luz viva, un aroma más dulce, una armonía más delicada, y todos cayeron de rodillas y pegaron su frente al suelo al ver presentarse al Salvador.

—Espíritu de las tinieblas—dijo el Cristo—la moneda que este hombre entregó al pobre fingido no llegó á tocar sus manos. Yo estaba allí invisible como estoy en todas partes, y yo la recogí. Por esa limosna, hecha en mi nombre, pongo una flor más en el platillo del ángel. Este hombre se ha salvado.

El platillo con la nueva flor se inclinó en efecto del lado de la gracia, y resonó en los aires el himno de victoria que los ángeles entonaron al rey; el cual, mal repuesto aún del susto, penetró en el Paraíso.

VI.

Niños, cuando un pobre os tienda la mano, no se la dejéis retirar vacía. Si necesita vuestra limosna, lo haceis un bien: ¿quién sabe si la moneda que para nada necesitáis será el grano de mostaza que engendre un gran árbol? Si no necesita vuestra limosna, os haréis un bien á vosotros mismos, porque Cristo la recogerá y os lo pagará en su día. *Quien da al pobre presta á Dios.*

• CARLOS RUMO.

DON PANCRACIO Y JUAN FERNANDEZ.

Don Pancracio es egista,
Don Pancracio es ignorante;
Y don Pancracio es grosero,
Y es fanfarron y es cobarde;
Y es fama que don Pancracio
No sabe leer, y ni sabe
Jamás hojear otro códice
Que su ejecutoria, clave
De su saber, libro único
Que ha heredado de su padre,

Pagado de su progenie
Y de lo azul de su sangre,
Jamás habla de sí mismo
Sin que ponga el *don* delante
Y el *don* niega á todo el mundo
Que no es de hidalgo linaje;
Presuntuoso y casquivano
Consigue hacerse notable
Por su afectacion ridicula,
Su orgullo y sus veleidades.

Vanidoso y trapacero,
No hay contrato en que no engañe
Al incauto que se fia
De sus palabras falaces.

Mezquino é interesado,
Sufré con calma un ultraje
É inmola su honra al provecho
Que de él puede resultar.

Tacaño hasta lo increíble,
No es generoso con nadie,
Y sólo si le convidan
Sacia el cuitado su hambre;
Y jamas dice verdad,
Ni hace un favor, ni á su padre,
Ni hay ricacho á quien no adule
Ni pobre á quien no maltrate.

Tal es, pues, el don Pancracio,
Sin ponerle ni quitarle,
Que tal cual es; oh lector!
He querido retratártele,
Así como tal cual es
Te presento á Juan Fernandez.

Juan Fernandez es discreto;
Juan Fernandez es afable;
Juan Fernandez es prudente,
Es sufrido y no es codarde.

Juan Fernandez es modesto,
Y es fama que Juan Fernandez
De su plebeya progenie
No niega nunca la sangre.

Y, honrando con su conducta
La memoria de sus padres,
Cifra su gloria en ser bueno,
Y de serlo no hace alarde.

Sincero, probo, verídico,
Nadie teme, ni eso es fácil,
Que jamas á su palabra
Ni á sus compromisos falte.

Generoso y compasivo,
Sin afectar sus bondades,
Hace todo el bien que puede
Y no habla del bien que hace.

Afectuoso en su trato,
No afectado en sus modales,
Su presencia garantiza
De cuanto bueno en él cabe.

Cortés y pundonoroso
Ni adula ni ultraja á nadie,
Y ni se cree perfecto
Ni le gusta que le alaben.

Ahora ¡ oh lector ! ya conoces
 A nuestros dos personajes ;
 Su paralelo te muestro
 Con exactitud bastante
 Para que formes tu juicio
 Y como imparcial juez falles :
 ¿Cuál de los dos es el noble,
 Don Paneracio ó Juan Fernandez ?
 M. V. G.

IDEAS SUELTAS.

¿ En qué consiste la vida ? preguntan los filósofos.
 Hé aquí una definición como otra cualquiera.

La vida consiste en una jicara de chocolate con un
 vasito de leche, un par de huevos fritos y un *beafteak*
 con patatas, un plato de sopa, otro de garbanzos,
 otro de carne ó pescado y otro de postre.

— ¿ Y qué es la muerte ?

Lo mismo, en una casa de huéspedes.

Si yo quisiera suicidarme elegiría un arma difereh-
 te de las que suelen emplear los suicidas ; por ejem-
 plo, un médico.

Conozco un sastre que no encuentra quien le man-
 de dar una puntada.

Así es que el infeliz se está muriendo por puntos.

La calumnia es como el carbon : cuando no quema
 mancha.

EUSEBIO BLASCO.

EL PUENTE.

(IMITACION DE V. HUGO.)

Solo y transida de dolor el alma
 Á Dios alcé la faz,
 Y en su trono le vi de luz vestido
 Vertiendo amor y paz.

¡ Ay, exclamé, para llegar tan léjos
 Quizás tenga valor ;
 Mas, ¿ dónde el puente está que abra camino
 Al triste pecador ?

En esto, de una lágrima en el fondo
 Leve sombra miré,
 Que apoyaba en las nubes la cabeza
 Y en el abismo el pié.

Yo soy el puente, murmuró á mi oido,
 Que niega tu razon ;
 Si allí quieres llegar, vén á mis brazos ;
 me llamo la oracion !

M. DEL PALACIO.

CANTARES.

I.

Cantar que del alma sale
 Es pájaro que no muere ;
 Volando de boca en boca,
 Dios manda que viva siempre.

II.

Cuando orillita del rio
 Tus piés de azucena lavas,
 Tiembla de amor la corriente,
 Suspira el viento en las ramas.

III.

Audiencia da la fortuna ;
 Pero el que acude á su audiencia
 Tiene que bajarse mucho,
 Porque es muy baja la puerta.

IV.

En tu escalera mañana
 He de poner un letrero
 Con seis palabras que digan :
 « Por aquí se sube al cielo. »

V.

Entro en mí mismo, y tiemblo,
 Tiemblo y me turbo,
 Al ver que es sólo el alma
 Luz de un sepulcro.

VI.

Una trenza tengo suya
 Que no miro sin temblar,
 Pues para un desengañado
 Una trenza es un dogal.

VII.

Así que vine yo al mundo
 Me leyeron la sentencia,
 Y hacía la muerte camino
 Arrastrando una cadena.

VIII.

Tengo yo un fiel amigo ;
 Me quiere tanto, *
 Que el bendito me empuja
 Si me resbalo.

IX.

Ya no quiero ir á tu fuente
 Esperanzas á beber,
 Porque me encienden el alma
 Y no me apagan la sed.

X.

Para ir de este mundo al otro
 Atravesamos un mar ;
 Tal vez por eso á la cuna
 Forma de barco le dan.

VENTURA REIZ AGUILERA.

TIPOS DE SORIA.

PASTOR Y PASTORA DE VILLACIERVOS.

Apartada en cierto modo en la actividad y el movimiento de adelanto que caracteriza á otras de España, la provincia de Soria, tan poco frecuentada

por los artistas que tratan de estudiar las costumbres, los tipos y los monumentos notables de nuestro país, es, sin embargo, una de las que más ancho campo ofrecen al estudio. El espíritu innovador de la época ha ejercido tan corto influjo en la mayor parte de sus pueblos, que aún pueden recogerse en ellos datos curiosísimos respecto á trajes, costumbres y tradicio-



Pastor de Villaciervos.

nes que sirven para darnos á comprender en sus detalles y mostrarnos á más clara luz la historia.

Los dos tipos que ofrecemos hoy á los lectores de LA AMENIDAD pertenecen al lugar de Villaciervos, lugar pobre y escondido en las ondulaciones de los montes que han hecho tan famosos sus renombrados pinares, y ofrecen sus trajes la particularidad de *el cruzado*, pañoleta de una forma especial y de extremos largos, que se cruza dando vueltas al rededor del pecho y la cintura, y que con sus vivos colores resalta de un modo pintoresco sobre el traje pardo y de antiquísimo corte de las mujeres, y la *capa blanca*, distintivo por el que se conocen en toda la provincia á los pastores de aquella localidad, los únicos

que conservan todavía esa prenda que, por la capucha que la adorna y la forma particular que tiene, recuerda su remoto origen.

LA FOSFORESCENCIA.

Después de las flores higrométricas, que suponenos conocerán nuestros lectores, han aparecido con algunos meses de intervalo unas flores artificiales preparadas de manera especial, y que tienen la propiedad de ser fosforescentes en la oscuridad, cuando

han estado impuestas á la acción de un rayo de luz solar, eléctrica ó de magnesio incandescente. Sobre estos objetos de física recreativa que se refieren á fenómenos muy interesantes, á experimentos muy curiosos y poco conocidos, queremos llamar la atención del lector.

La facultad que poseen ciertos cuerpos de emitir

luz cuando se les coloca en ciertas condiciones, es mucho más común de lo que se cree generalmente. Monsieur Edmond Becquerel, á quien se debe un notable trabajo sobre esta materia, divide los fenómenos de fosforescencia en cinco clases distintas:

1.º Fosforescencia por elevación de temperatura. — Entre las sustancias que presentan este fenómeno



Pastora de Villaciervos.

en alto grado, se pueden citar ciertos diamantes, las variedades colocadas de fluoruro de calcio, y los sulfuros conocidos bajo el nombre de fósforos artificiales, cuando han sido previamente expuestos á la acción de la luz.

2.º Fosforescencia por acción mecánica. — Se observa cuando se frota ciertos cuerpos unos contra otros ó con un cuerpo duro. Cuando se frota dos cristales de cuarzo en la oscuridad, se perciben chispas de color rojo; cuando se muele creta ó azúcar, hay igualmente emisión de luz, etc.

3.º Fosforescencia por la electricidad. — Se manifiesta por los resplandores que acompañan el desprendimiento de electricidad por influencia y cuando

los gases y los vapores rarificados transmiten descargas eléctricas.

4.º Fosforescencia espontánea. — Se observa, como nadie ignora, en cierto número de animales vivos, (gusanos de luz, cucuyos, noctilucos, etc.); los efectos de fosforescencia se producen también con sustancias orgánicas, animales ó vegetales, ántes que tenga lugar la putrefacción; se manifiestan también en la época de la florescencia de ciertas plantas, etc.

5.º Fosforescencia por insolación y por la acción de la luz. — «Consiste, dice Edmond Becquerel, en que si se exponen durante algunos instantes á la acción de la luz solar ó difusa, ó á la de los rayos

emanados de una fuente luminosa de alguna intensidad, ciertas sustancias minerales ó orgánicas, estas materias se hacen inmediatamente luminosas por sí mismas, y brillan entónces en la oscuridad con un resplandor cuyo color y vivacidad dependen de su naturaleza y de su estado físico; el resplandor que emiten así disminuye gradualmente la intensidad durante un tiempo que varía desde algunos segundos hasta muchas horas. Cuando se exponen de nuevo estas sustancias á la acción de la irradiación, se produce el mismo efecto.

La intensidad de la luz emitida despues de la insolación, es siempre mucho menor que la de la luz incidente. Estos fenómenos parecen haber sido observados primero con piedras preciosas; luego, en 1694, con la piedra de Bolonia calcinada (fósforo que ha ocupado mucho á los físicos); en seguida con un diamante, por Bayle, en 1663; en 1675, con el fósforo de Bandoim (residuo de la calcinación del nitrato de cal), y más tarde, con la ayuda de otras sustancias que vamos á citar.

Los cuerpos más impresionables á la acción de la irradiación son los sulfuros de calcio y de bario (fósforo de Canton y de Bolonia), el sulfuro de estroncio, ciertos diamantes y la variedad de fluoruro de calcio que ha recibido el nombre de *clorofano*.

El sulfuro de calcio fosforescente (fósforo de Canton), se prepara calcinando en un crisol de tierra una mezcla de flor de azufre y de carbonato de cal. Pero la preparación no se obtiene sino con un carbonato de cal de una naturaleza particular.

El que proviene de la calcinación de conchas de ostras da muy buenos resultados. Se mezclan tres partes de la sustancia así obtenida con una parte de flor de azufre, y se las calienta al rojo en un crisol al abrigo del contacto del aire. El fósforo de Canton que se obtiene así, da en la oscuridad una luz amarilla despues de su insolación.

Las conchas de ostras calcáreas no son siempre puras, y el resultado obtenido es algunas veces poco satisfactorio; es preferible actuar con cuerpos cuya composición este bien determinada. «Cuando se quiere preparar un sulfuro fosforescente con cal ó carbonato de cal, dice M. E. Becquerel, las proporciones más convenientes son aquellas en que por cien partes de sustancias se emplean 80 por 100 de flor de azufre en el primer caso, y 48 por 100 en el segundo; es decir, cuando se emplean las cantidades de azufre que serían necesarias para ser quemadas por el oxígeno de la cal ó del carbonato, y para producir un monosulfuro (1).

«Es necesario tener en cuenta, en la preparación, la elevación de la temperatura, así como su duración. Operando, en efecto, con la cal procedente del aragonito fibroso y llevando el crisol á una temperatura inferior á 500° durante un tiempo suficiente para que, teniendo lugar la reacción del azufre y la cal, sea eliminado el azufre en exceso, se obtiene una masa débilmente luminosa, con un color azulado; se conduce esta masa á una temperatura de 800° á 900° y que

no pase de la fusión de la plata ó del oro, y esto durante veinticinco ó treinta minutos, entónces la masa ofrece por fosforescencia un color luminoso muy vivo.»

El sulfuro de calcio goza de propiedades fosforescentes distintas, segun la naturaleza de la cal que ha servido para producir el carbonato de cal empleado. Si se transforma el mármol blanco en nitrato de cal, disolviéndolo en agua adicionada de ácido nítrico, si se precipita la cal por el carbonato de amoniaco y se emplea el carbonato de cal así obtenido para la preparación del sulfuro de calcio, se obtiene un producto que da una fosforescencia de color violata rosa. Si el carbonato de cal que se emplea proviene del cloruro de calcio, precipitado por el carbonato de amoniaco, la fosforescencia es amarilla.

Tratado por el azufre el carbonato de cal preparado con agua de cal atravesada por una corriente de ácido carbónico, se obtiene un sulfuro cuya luz, emitida por fosforescencia, es tambien de un violeta muy puro. El carbonato de cal obtenido precipitando el cloruro de calcio cristalizado del comercio, por diferentes carbonatos alcalinos, da tambien buenos resultados.

Los sulfuros de estroncio luminoso pueden obtenerse como los de calcio, por la acción del azufre sobre la estronciaca ó el carbonato de esta base, por la reducción del sulfato de estronciaca con carbon. Los matices verdes y azules son los más frecuentes.

Los sulfuros de bario presentan tambien fenómenos de fosforescencia muy notables. Sin embargo, para obtener masas bien luminosas, es necesario, en general, una temperatura más elevada y más sostenida que para los otros compuestos. Tal es el efecto producido cuando se reduce el sulfato de barita natural por el carbon; es decir, en la reacción que da lugar al fósforo antiguamente conocido bajo el nombre de *fósforo de Bolonia*. Las preparaciones obtenidas con la barita tienen una fosforescencia que varía del rojo anaranjado al verde.

La preparación de las sustancias que acabamos de enumerar permite explicar fácilmente el modo de confección de las flores luminosas que indicamos al principio de este artículo. Se toman flores artificiales, se las baña con cola líquida, en goma disuelta en agua, por ejemplo; se las espolvorea con sulfuro fosforescente, y se las deja secar, adhiriéndose á ellas sólidamente la sustancia pulverulenta. Basta exponer la flor así preparada á la luz solar ó iluminarla con los rayos que emanan de un hilo de magnesio en combustión (fig. 1), para que se haga fosforescente inmediatamente. Si se la transporta á una habitación oscura (fig. 2), brilla con un vivo resplandor, desprendiendo rayos coloreados de un efecto muy agradable.

Los sulfuros fosforescentes sirven tambien para trazar dibujos ó nombres en una superficie de papel, etc., y se concibe que estos experimentos pueden variar facilmente á gusto del experimentador.

¿Son susceptibles estas sustancias de emplearse en usos más serios, y hay motivo para esperar que se clasificaran entre los productos útiles?

(1) Las sustancias deben ser pulverizadas muy finamente ó íntimamente mezcladas.

Nos parece que la respuesta será afirmativa. Se pueden obtener con las materias fosforescentes artificiales cuadros luminosos para los relojes colocados en la oscuridad; no sería imposible servirse de ellas para hacer muestras de tiendas ó números de casas que lucieran durante la noche.

El profesor Norton va aún mucho más lejos que nosotros; propone en el *Journal of the Franklin Institute*, no tan sólo dar un baño á las paredes de la habitaciones con estas sustancias fosforescentes, sino también á las fachadas exteriores de las casas. Se podría entónces, segun él, suprimir el alumbrado pú-



Fig. 1.ª.—Flor artificial embadurnada con un polvo fosforescente y expuesta á la luz de un hilo de magnesio en combustion.

blico, pues las fachadas absorberian durante el día la suficiente luz para permanecer luminosas toda la noche.

CANTARES.

INTRODUCCION.

Mi corazon solitario
Es un nido de cantares;
En él duermen y en él viven
Como en su nido las aves.

Cuandò el dolor los despierte,
Ó cuando el placer los llame,
Llenarán de alegres ecos,
Ó de tristeza, los aires.

I.

Despues de hacerte, Dios quiso
Poner un lunar por firma;
Cogió el sello de su gracia
Y lo estampó en tu mejilla.

II.

El lujo de esa pobre
Ya no me extraña;
Para vestir el cuerpo
Desnuda el alma.

III.

Tus ojos verdes recuerdan
El verde color del mar;
¡Infeliz del que los mire,
Como no sepa nadar!

IV.

El santurron de abajo
Se está muriendo;
¡Qué hacecito de leña
Para el infierno!

V.

Salerito, salero,
Que sal derramando vas;
¿Cómo derramando tanta
No se te acaba la sal?

Fig. 2.^a—Flor emitiendo luz en la oscuridad.

VI.

Don José, el avaro,
 Cuando ayer llovía
 Me prestó un paraguas....
 Que ya no servía.

VII.

El día que tú naciste
 Cayó un pedazo de cielo;
 Cuando muéras y allá subas
 Se tapará el agujero.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EPIGRAMAS.

Respóndame sin ficción
 Á lo que yo le pregunté
 (Le dijo el juez á Ramon):
 —¿Cuál es su arte ó profesion?
 Y él respondió: —¡Transeunte!

Perdió al fin de su viaje
 Un bulto cierto viajero,
 Y entre airado y lastimero,
 Al reclamar su equipaje,
 Decía, haciendo un insulto

Á la moral y á la Empresa:
 —¡Yo no me voy de esta mesa
 Sin que me busquen el bulto!

EUSEBIO BLASCO.

CHARADA.

Hace esbeltas las flores
Tercia y segunda;
 Lo que es *prima y siguiente*
 No me disgusta,
 Y agrada el *todo*
 Mucho á los animales,
 Al hombre poco.

SUMARIO.

GRABADOS.—Huesca, sala baja del palacio de los Reyes de Aragón.
 —Vista general del Cairo.—Pastor de Villaciervos.—Pastora de Villaciervos.—Flor artificial embadurnada con un polvo fosforescente.—Flor emitiendo luz en la oscuridad.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.
 TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Secreto del oro, Luis Bonsevard.—Sin familia Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—El Cairo.—Huesca, sala baja del palacio de los Reyes de Aragón.—La limosna, por Carlos Rubio.—Don Pancracio y Juan Fernandez.—Ideas sueltas, por Eusebio Blasco.—El Puente, por Manuel del Palacio.—Cantares, por Ventura Ruiz Aguilera.—Pastor y pastora de Villaciervos.—La fosforescencia.—Cantares, por Ventura Ruiz Aguilera.—Epiogramas, por Eusebio Blasco.—Charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra,
 IMPRESORES DE LA REAL CASA.